

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



Pues bien, repuso D. Tadeo..... mire V. allí, general. (Pág. 498, columna 1.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 31).

El parlamentario era el mismo D. Tadeo de Leon.

—¿Qué viene V. á hacer aquí? le preguntó bruscamente el general.

—A ofrecer á V. un buen arreglo si quiere rendirse, contestó D. Tadeo con voz fuerte.

—¿Rendirme! exclamó el general con tono burlon, ¿está V. loco, caballero?

Entonces se volvió hacia los soldados que habian conducido al parlamentario, y les dijo:

—Quiten VV. la venda que cubre los ojos de ese caballero.

La venda cayó en seguida.

—Vea V., continuó altaneramente el general, ¿tenemos trazas de gentes que piden perdon?

—No, general, es V. un soldado valiente y sus tropas lo son tambien. No imploran VV. gracia: somos nosotros quienes venimos á ofrecerles que dejen las armas y cese este combate fratricida, contestó noblemente D. Tadeo.

—¿Quién es V., caballero? dijo el general sorprendido por el acento del hombre que le hablaba.

—Soy D. Tadeo de Leon, á quien el jefe de V. hizo fusilar.

—¿V.! exclamó el general, V. aquí!

—Yo mismo. Y tengo tambien otro nombre.

—Aguardo á que V. me lo diga, caballero.....

—Me llaman el Rey de las Tinieblas.

—¿El jefe de los Corazones Sombríos! murmuró el general estremeciéndose, á pesar suyo, y mirándole con inquieta curiosidad.

—Si, general, soy el jefe de los Corazones Sombríos; pero soy tambien otra cosa todavia.

—Espíquese V., caballero, dijo el general, que comenzaba á no saber que aspecto mostrar ante el extraño personaje que le hablaba.

—Soy el jefe de aquellos á quienes V. deno-

mina rebeldes, y que en realidad, solo han tomado las armas para defender las instituciones que V. está pisoteando y la constitucion que V. ha violado indignamente.

—¿Caballero! dijo el general, las palabras de V.....

—Son severas, pero justas, continuó D. Tadeo. Interrogue V. á su leal corazon de soldado, general, y luego responda y dígame por parte de quién está el derecho.

—No soy abogado, caballero, contestó D. Tiburcio con impaciencia; V. mismo lo ha dicho, soy un soldado y como tal me limito á obedecer, sin discutir, las órdenes que recibo de mis jefes.

—No malgastemos el tiempo en vanas palabras, general. ¿Quiere V. entregar las armas, si ó no?

—¿Con qué derecho me hace V. esa proposicion? repuso el general, cuyo orgullo de militar se rebelaba al verse obligado á parlamentar con un paisano.

—Podria contestar á V. que con el derecho del mas fuerte, replicó secamente D. Tadeo, que sabe V. tan bien como yo, que se está batiendo

por una causa perdida y que continúa sin provecho una lucha inaudita; pero prefiero dirigirme al corazón de V., añadió con melancolía, y decirle: ¿A qué degollarse así entre compatriotas, entre hermanos? ¿a qué derramar por más tiempo una sangre preciosa? Oiga V. nuestras condiciones, general, y crea V. que para dejar á salvo el honor de sus soldados, ese honor, que es también el nuestro, puesto que entre esas tropas, contra las cuales peleamos, se encuentran nuestros parientes y nuestros amigos, se las concederemos tan amplias como pueda desear.

El general se sintió conmovido, pues aquel lenguaje tan leal había encontrado eco en su corazón. Inclino la frente y reflexionó durante algunos minutos. Al fin levantó la cabeza, y contestó:

—Caballero, crea V. que me cuesta mucho trabajo no contestar como quisiera á lo que me ha dispensado la honra de decirme; pero tengo un jefe.

—Explíquese V. á su vez, caballero, dijo don Tadeo.

—He jurado á D. Pancho Bustamante morir por defender su causa.

—¿Y qué?

—¿Que á no ser que D. Pancho Bustamante esté muerto ó prisionero, en cuyos dos casos me consideraría como libre de mi juramento para con él, me haré matar antes que rendirme!

—¿Y es esa la única razón que le detiene á V., general?

—Sí, la única.

—En el caso de que el general Bustamante estuviese muerto ó prisionero, ¿se rendiría V.?

—Al instante, lo repito.

—Pues bien, repuso D. Tadeo alargando el brazo en dirección de la barricada por la cual había ido, mire V. allí, general.

D. Tiburcio siguió con la vista la dirección indicada y lanzó un grito de sorpresa y de dolor.

El general D. Pancho Bustamante acababa de aparecer en la parte superior de la barricada. Tenía la cabeza descubierta y dos hombres armados vigilaban todos sus movimientos.

—¿Ha visto V.? preguntó D. Tadeo.

—Sí, contestó tristemente el general. Todos nos rendimos, caballero.

Y apoyando la punta de su espada en el suelo, dobló la hoja con intención de romperla.

D. Tadeo le detuvo y se apoderó de la espada; pero devolviéndosela en seguida, le dijo:

—General, conserve V. aun esta arma que todavía le servirá contra los enemigos de nuestra querida patria.

El general no contestó, estrechó silenciosamente la mano que le tendía el Rey de las Tinieblas, y volviendo la cabeza á un lado para ocultar la emoción de que se sentía poseído, enjugó una lágrima que había caído sobre su bigote gris.

XXXVIII.

BOSQUEJO DE DOS BRIBONES.

La ciudad estaba ya pacificada. La revolución había concluido, ó para ser más lógicos, estaba ya hecha.

Los soldados, después de entregar las armas, habían evacuado á Valdivia, que se encontraba enteramente en poder de los Corazones Sombrios.

Tan luego como se restableció la paz, el Rey de las Tinieblas dió las órdenes necesarias para que fuesen derribadas las barricadas, y para que desapareciesen lo más pronto posible las huellas de la lucha que había ensangrentado la ciudad.

Por la sola fuerza de los hechos consumados D. Tadeo de Leon se encontró naturalmente encumbrado al poder é investido del mando superior de la provincia, con facultades dictatoriales.

—Vamos, preguntó á Valentin, ¿qué le parece á V. de lo que ha visto?

—En verdad, respondió el parisiense con la franqueza que le caracterizaba, me parece que es preciso venir aquí para ver pescar hombres con cañas como simples pececillos.

D. Tadeo no pudo reprimir una sonrisa al oír aquel chiste.

—No me deje V., le dijo, que aun no se ha concluido todo.

—Eso mismo es lo que yo deseo; pero nuestros amigos, á quienes hemos dejado allá abajo, ¿no le parece á V. que deberán estar inquietos por nuestra ausencia?

—Crea V. que no los he olvidado. No, no, amigo mio. Dentro de una hora estará V. libre. Vengase conmigo, que yo me encargo de hacerle ver los semblantes á los que nuestra victoria ha dado una expresión muy distinta de la que suelen tener por lo general.

—¿Eso será muy curioso! dijo Valentin riendo.

—Sí, contestó D. Tadeo pensativo, ó hediondo, como V. quiera mejor.

—¿Ah! el hombre no es completo, dijo Valentin filosóficamente.

—Por fortuna, replicó D. Tadeo, porque entonces sería detestable.

Entraron en el cabildo, cuya puerta estaba custodiada por un destacamento de Corazones Sombrios.

Los estensos salones del palacio estaban invadidos por una multitud obsequiosa que iba á saludar al sol naciente, es decir, á ofrecer el espectáculo de su bajeza al hombre afortunado á quien habrían apedreado, sin duda alguna, si el triunfo no hubiese coronado su audacia.

D. Tadeo pasó sin verlos por entre las filas oprimidas de los pretendientes y cortesanos natos de todo poder, sin honor y sin vergüenza, y que no poseen más que un solo talento: el de hacer inclinaciones de cuerpo, á las que parece imposible que pueda alcanzar la columna vertebral de un hombre, por flexible que sea.

Valentin, que seguía los pasos de su amigo, fingía tomar para sí la mayor parte de las genuflexiones interesadas que le prodigaban, y saludaba á derecha é izquierda con imperturbable sangre fría y aplomo.

Los dos hombres, después de muchos retrasos producidos por la multitud siempre creciente que se oprimía en torno de ellos, llegaron, por fin, á un salón retirado, en el cual solo había dos personas.

Eran estas el general D. Tiburcio Cornejo y el senador D. Ramon Sandias.

Las fisonomías de tales personajes formaban singular contraste.

El general, con el semblante triste y el entrecejo fruncido, se paseaba pensativo por la sala, mientras que el senador, blandamente reclinado en un sillón, con la sonrisa en los labios, la cara alegre y una pierna cruzada sobre la otra, se abanicaba graciosamente con un pañuelo de batista fina y bordado.

El general, al ver á D. Tadeo, se adelantó rápidamente hácia él. En cuanto al senador, se enderezó sobre su sillón, tomó un aspecto grave y aguardó.

—Caballero, dijo el general en voz baja, escuche V. dos palabras.

—Hable V., general, contestó D. Tadeo. Estoy completamente á su disposición.

—Solo deseo hacer á V. algunas preguntas.

—Crea V. que si puedo responder á ellas, general, no vacilaré en satisfacerle.

—Estoy convencido de eso, y por lo mismo me he atrevido á hablar á V.

—Ya le escucho.

El general vaciló un momento.

Al fin pareció que adoptaba su partido.

—A la verdad, caballero, dijo, soy un soldado viejo é ignoro todo lo que es política. Tenía un amigo, casi un hermano, y por él me siento devorado de una inquietud mortal.

—¿Y ese amigo quién es?

—Es el general Bustamante. Ya comprenderá V., añadió con viveza, hemos sido soldados juntos, hace treinta años que le conozco, y desearía....

Se detuvo mirando á su interlocutor.

—¿Qué desearía V.? dijo D. Tadeo impasiblemente.

—Saber la suerte que le está reservada.

D. Tadeo dirigió al general una mirada triste.

—¿Para qué? murmuró.

—Se lo suplico á V.

—¿Lo exige V.?

—Sí.

—El general Bustamante es un gran delirante. Como jefe del poder ha querido cambiar la forma del gobierno sin la voluntad del pueblo de quien había obtenido su cargo, y con menoscabo de las leyes que ha pisoteado sin piedad....

—Es verdad, dijo el general, cuya frente se cubrió de repente con un súbito rubor.

—El general Bustamante ha sido implacable durante el curso de su carrera, harto prolongada. Ya lo sabe V.: el que siembra vientos, puede recoger más que tormentas.

—Segun eso....

—Seremos implacables con él, como él lo ha sido con los demás.

—Es decir....

—¿Que probablemente será sentenciado á muerte!

—¿Ay Dios! ya lo esperaba yo! Pero esa sentencia de que me habla V., ¿se hará esperar mucho tiempo?

—Dos días todo lo más, pues la comisión ha de juzgarle se formará hoy mismo.

—¿Pobre amigo! dijo el general con tono de compasión. En fin.... ¿quiere V. concederme un favor, caballero?

—Hable V.

—Puesto que el general ha de morir, ¿para qué un consuelo tener un amigo á su lado?

—Sin duda alguna.

—Concédame V. su custodia. Estoy seguro que se alegrará al saber que soy yo quien estoy encargado de vigilarle y conducirlo al suplente, y al menos no le abandonaré hasta el último momento.

—Corriente, queda concedida la petición de V. ¿Nada más tiene V. que decirme, general? Concederá poderle complacer.

—No. Doy á V. las gracias, caballero. Es cuanto deseaba.... ¡Ah!.... una palabra todavía....

—Hable V.

—¿Podré encargarme pronto de la guardia?

—Al instante, si V. gusta.

—Mil gracias.

Y después de haber saludado profundamente á D. Tadeo, el general salió con paso presuroso.

—¿Pobre hombre! dijo Valentin.

—¿Qué? dijo D. Tadeo.

—Digo, ¿pobre hombre!

—He oído perfectamente; ¿pero de quién habla V.?

—De ese desgraciado que sale de aquí.

D. Tadeo se encogió de hombros.

Valentin le dirigió una mirada llena de sorpresa.

—¿Sabe V. de dónde proviene la solicitud de ese pobre hombre, como V. le llama, hácia su amigo?

—¿Pardiez! de su amistad, es claro.

—¿Lo cree V. así?

—Sí por cierto.

—Pues bien, se equivoca V. de medio á medio. Ese pobre general solo desea estar al lado de su antiguo compañero de armas para tener la oportunidad de suprimir las pruebas de su complicidad en el asunto de hoy, pruebas que sin duda llevarán á D. Pancho sobre sí, y que el otro quiere á toda costa que desaparezcan.

—¿Será posible?

—Sí por cierto. Quiere hallarse siempre al lado para impedirle que se ponga en comunicación con nadie, y en caso necesario le daría la muerte.

—¿Eso es infame!

—Pero es muy cierto.

—¿Qué asco! Eso da náuseas.

—Aguarde V. un momento antes de tenerle á V.

—¿Por qué?

—Porque hay aquí otro todavía, continuó D. Tadeo señalando al senador.

Tan luego como D. Ramon hubo visto que

general salía de la sala; abandonó su sillón y se adelantó hacia D. Tadeo, saludándole.

—¿Con quién tengo la honra de hablar? le preguntó el Rey de las Tinieblas con esquisita cortesía.

—Caballero, contestó el otro con un desembarazo de muy buen tono, me llamo D. Ramon Sandias y soy senador.

D. Tadeo saludó.

—¿En qué puedo ser á V. útil, caballero? le preguntó.

—¡Oh! contestó D. Ramon con aire satisfecho; para mí, personalmente, nada pido.

—¡Ah!

—No por cierto. Soy rico: ¿qué mas puedo desear? Pero soy chileno, buen patriota, caballero, y lo que es mas aun, he sido colocado en condiciones escepcionales y debo dar á mis conciudadanos pruebas inequívocas de mi adhesión á la santa causa de la libertad. ¿No opina V. como yo, caballero?

—Completamente.

—He oido decir, caballero, que el infame *cabecilla*, causa del movimiento que ha puesto la patria á dos dedos de su pérdida, se halla en poder de V.

—En efecto, contestó D. Tadeo con imperturbable sangre fria, hemos sido bastante afortunados para apoderarnos de su persona.

—¿Y sin duda van VV. á juzgar á ese hombre? preguntó D. Ramon con tono doctoral.

—Si señor, en el término de cuarenta y ocho horas.

—Muy bien, caballero. Asi es como debe hacerse justicia con esos agitadores sin vergüenza que, con menosprecio de las leyes mas santas de la humanidad, procuran sepultar á nuestro hermoso país en el abismo de las revoluciones.

—Caballero.....

—Perdone V. que hable así, continuó D. Ramon en un hermoso raptó de entusiasmo; comprendo que mi franqueza va quizás demasiado lejos; pero me arrastra la indignación, caballero. Tiempo es ya de que esos hombres que hacen tantas viudas y huérfanos, reciban el castigo que tantos delitos merecen, y no puedo pensar, sin estremecerme, en los innumerables males que habrían caido sobre nosotros si esos miserables hubiesen triunfado.

—Caballero, ese hombre no está juzgado todavía.

—Hé ahí justamente el motivo que me trae aquí, caballero. Como senador, como patriota decidido, reivindico cerca de V. el derecho que me pertenece de presidir la comision llamada á juzgarle.

—Se le concede á V. su petición, caballero, contestó D. Tadeo, quien no pudo reprimir una sonrisa de desprecio.

—¡Gracias, caballero! dijo el senador con un movimiento de alegría. Por penoso que sea ese deber, sabré cumplirle.

Y el senador, despues de haber saludado profundamente á D. Tadeo, salió muy gozoso de la sala.

—Ya lo ve V., dijo D. Tadeo volviéndose hacia Valentin, D. Pancho tenía dos amigos con quienes creía poder contar. Uno se habia encargado de proclamarle, y el otro de defenderle. Pues bien, en el uno ha encontrado un carcelero, y en el otro un verdugo.

—¡Eso es monstruoso! dijo Valentin con repugnancia.

—No, replicó D. Tadeo, es lógico y nada mas.

—No ve V. que le han salido fallidos sus planes?

—¡Me basta ya! me basta ya! con vuestros hombres políticos de doble cara, de la que ninguna es verdadera, repuso Valentin. Déjeme V. volver al lado de mis amigos.

—Váyase V., puesto que lo desea.

—Gracias.

—Regresará V. luego á Valdivia, ¿no es cierto?

—¡Pardiez!

—¿Quiere V. escolta?

—¿Para qué?

—¡Es verdad! Perdone V., siempre olvido que no le inspira temor ningun peligro.

—Solo tiemblo por mis amigos. Por eso me separo de V.

—¿Tiene V. algun motivo fundado de temor?

—Ninguno; solo una inquietud vaga que no puedo acertar á definir, y que me induce á no perder mas tiempo al lado de V.

—Pues entonces váyase V. pronto, amigo mio, y sobre todo cuide V. mucho de doña Rosario.

—Descuide V. que antes de tres horas estaré aquí.

—Queda convenido. Buena suerte y piense V. que le aguardo con impaciencia.

—No tardaré mas que el tiempo necesario para ir y volver.

—Pues entonces hasta la vista.

Valentin salió del salon, se fué á las caballerizas, ensilló él mismo su caballo y marchó al galope.

Habia dicho la verdad á D. Tadeo. Estaba atormentado por una inquietud vaga, y tenia el presentimiento de una desgracia.

XXXIX.

EL HERIDO.

Volvamos al conde de Prevois Crancé.

Cuando se verificó el raptó, hallábase desierta la parte de la llanura en que D. Tadeo habia asentado su campamento.

La multitud, arrastrada por la curiosidad, se habia dirigido toda entera hácia la parte en que debia verificarse la renovacion de los tratados.

Por lo demás los raptóres habian adoptado tan bien sus medidas, habia pasado todo tan rápidamente, sin resistencia, sin gritos y sin tumulto, que no se dió la alarma, y nadie sospechaba lo que habia pasado. Los gritos de *asesino!* lanzados por el jóven no se habian oido, y los pistolazos que disparó se confundieron con los demás ruidos de la fiesta.

Así, pues, durante un espacio de tiempo bastante considerable, Luis quedó tendido desmayado dentro de la tienda, desangrándose por las heridas.

Por una casualidad singular, los peones y los arrieros, y aun los dos jefes indios, que creian que nada tenían que temer, se habian alejado, segun hemos dicho, para asistir á la ceremonia.

Cuando quedó plantada la cruz, y el general y el Toquí, agarrados del brazo, hubieron entrado ambos en la tienda, la multitud se dividió en grupos pequeños, y no tardó en dispersarse, retirándose cada cual al sitio en que habia establecido su campamento provisional.

Los jefes indios fueron los primeros que volvieron junto á Luis; entonces que su curiosidad se hallaba ya satisfecha, se arrepentian de haber cedido á ella y permanecido tanto tiempo alejados de su amigo.

Al acercarse al campamento les sorprendió no ver á Luis; y cierto desórden que reinaba en el arreglo de los fardos, les llenó de inquietud.

Apresuraron el paso.

Cuanto mas se acercaban, mas evidente se hacia á sus ojos el desórden, pues estaban acostumbrados á observar esos mil indicios que á los ojos de un blanco pasan desapercibidos.

En efecto, el paso que se habia dejado libre en el recinto formado por los fardos, parecia haber sido teatro de una lucha. Las pisadas de varios caballos estaban fuertemente impresas en la tierra húmeda, y aun algunos fardos habian sido removidos como para ensanchar la entrada, y estaban tirados por allí.

Estos indicios eran mas que suficientes para los indios. Cambiaron entre si una mirada de inquietud, y entraron en el campamento con paso precipitado.

Luis estaba todavía como lo habian dejado, tendido al través de la entrada de la puerta, con sus pistolas descargadas en ambas manos, la cabeza echada hácia atrás, los labios entreabiertos y los dientes oprimidos.

Su sangre ya no corria.

Los dos hombres le miraron durante un instante llenos de estupor.

Su rostro estaba cubierto de livida palidez.

—¡Está muerto! dijo Curumilla con voz ahogada por la emocion.

—Puede ser, contestó Trangoil Lanec arrojándose junto al cuerpo.

Levantó la cabeza inerte del jóven, le quitó la corbata, descubrió su pecho, y entonces vió que tenia dos heridas abiertas.

—¡Es una venganza! murmuró.

Curumilla movió la cabeza lleno de desaliento.

—¿Qué harémos? dijo.

—Proba rémos. Espero que no esté muerto.

Entonces, con una destreza infinita y una serenidad increíble, los jefes indios prodigaron al herido los cuidados mas inteligentes y afectuosos.

Durante mucho tiempo todo fué inútil.

Al fin, un suspiro débil se exhaló del oprimido pecho del jóven; un rubor leve tiñó los pómulos de sus mejillas, y entreabrió los ojos varias veces.

Curumilla, despues de haber lavado la herida con agua fresca, le habia aplicado encima una cataplasma de hojas de orégano machacadas.

—La pérdida de sangre es lo único que le ha hecho caer en ese síncope, dijo. Sus heridas son anchas, pero poco profundas y en manera alguna peligrosas.

—¿Pero qué ha sucedido aquí? preguntó Trangoil Lanec.

—¡Escucha! dijo Curumilla apoyando una mano en su brazo, habla!

En efecto, los labios del jóven se agitaban silenciosamente. Al fin pronunció con esfuerzo y con voz tan baja que los indios apenas lo entendieron, esta sola palabra que para él lo resumia todo:

—¡Rosario!.....

Y volvió á caer.

—¡Ah! exclamó Curumilla como iluminado por una idea: ¿dónde está la virgen pálida?

Y de un salto se precipitó dentro de la tienda.

—¡Todo lo comprendo ahora! dijo volviendo junto á su amigo.

Los indios levantaron suavemente al herido entre sus brazos y le trasportaron á la tienda, en donde le tendieron sobre la hamaca vacía de doña Rosario.

Luis habia recobrado el sentido, pero casi al momento habia caido en un letargo profundo.

Despues de haberle instalado con la mayor comodidad posible, los indios salieron de la tienda, y con el instinto particular de su raza comenzaron á buscar indicios que no podian pedir á nadie; pero que les serian revelados por las huellas que sabrian descubrir.

Entonces que el asesinato y el raptó se habian verificado ya, era preciso poderse poner en la pista de los raptóres para salvar á la jóven, si aun era posible.

Despues de minuciosas pesquisas que no duraron menos de dos horas, los indios volvieron á colocarse delante de la tienda, se sentaron uno en frente de otro y fumaron silenciosos durante algunos instantes.

Los peones y los arrieros habian vuelto ya de la ceremonia, y al saber lo que habia ocurrido durante su ausencia, quedaron aterrados.

Aquellos pobres hombres no sabian qué partido adoptar, y temblaron al pensar en la responsabilidad que pesaba sobre ellos, y en la cuenta que les pediria D. Tadeo.

Sin embargo, despues que los jefes hubieron fumado durante algunos minutos, apagaron sus pipas y Trangoil Lanec tomó la palabra.

—Mi hermano es un jefe sabio; que diga lo que ha visto.

—Hablaré, puesto que mi hermano lo desea, contestó Curumilla inclinándose. La virgen pálida de los ojos azules ha sido robada por cinco ginetes.

Trangoil Lanec hizo un gesto de asentimiento.

—Esos cinco ginetes venian del opuesto lado del rio; sus pasos se hallan fuertemente impresos en el suelo que han mojado en los sitios donde los caballos han puesto sus herraduras húmedas. Cuatro de esos ginetes son *huiliches*, el quinto es un rostro pálido. Cuando han llegado á la entrada

del campamento se han parado, han deliberado durante un instante, y cuatro han echado pié á tierra. Las huellas de sus pasos están visibles.

—Bueno! dijo Trangoil Lanec; mi hermano tiene los ojos de un guanaceo, y nada se le escapa.

—De los cuatro ginetes que han echado pié á tierra, tres son indios, lo cual se conoce fácilmente por la huella de sus piés descalzos, cuyo dedo pulgar, acostumbrado á manejar el estribo, está muy apartado de los demás. El cuarto es un *muruche*. La estrella de sus espuelas ha dejado en todas partes señales profundas. Los tres primeros se han deslizado arrastrándose hasta don Luis, que conversaba en la entrada de la tienda con la jóven virgen de los ojos azules, y por consiguiente volvía la espalda á los que iban hácia él. Ha sido acometido de improviso, y ha caído sin tener tiempo para defenderse. Luego el cuarto ginete ha saltado como el puma, ha cogido á la jóven entre sus brazos, y despues de saltar segunda vez por encima del cuerpo de D. Luis, ha ido á buscar su caballo, seguido de los tres indios. Pero D. Luis se ha levantado de pronto sobre sus rodillas, en seguida ha logrado ponerse de pié, y solo entonces ha hecho fuego con sus pistolas sobre uno de los raptores, el cual ha caído muerto. Este es el rostro pálido. Un charco de sangre señala el sitio de su caída, y en su agonia ha arrancado la yerba con sus manos crispadas. Entonces sus compañeros han echado pié á tierra, le han cogido y han huido con él. D. Luis despues de haber descargado sus armas ha tenido un desmayo y ha vuelto á caer. Hé aquí lo que sé.

—Bueno! contestó Trangoil Lanec, mi hermano lo sabe todo.

—Los raptores, despues de haber levantado el cadáver de su compañero, han vuelto á atravesar el río y han tomado inmediatamente la direccion de las montañas.

—Y ahora, ¿qué hará mi hermano?

—Trangoil Lanec es un jefe experimentado, aguarará á D. Valentin. Curumilla es jóven y buscará la pista de los raptores.

—Mi hermano ha hablado bien. Es sábio y prudente, y los encontrará.

—Si, Curumilla los encontrará, dijo lacónicamente el jefe.

Despues de haber pronunciado estas palabras, se levantó, ensilló su caballo y salió del campamento.

Trangoil Lanec le perdió muy pronto de vista. Luego volvió á instalarse junto al herido.

El día trascurrió así.

Todos los españoles habian abandonado la llanura; la mayor parte de los indios habian seguido su ejemplo, y solo quedaban algunos araucanos que tambien estaban haciendo sus preparativos de marcha.

Sin embargo, hácia la tarde Luis se encontró mucho mejor y pudo referir en pocas palabras al jefe indio lo que habia pasado; pero nada nuevo le dijo, puesto que este lo habia adivinado todo.

—Oh! dijo el jóven al concluir. ¡Rosario! pobre Rosario! está perdida!

—No se déje abatir mi hermano por el dolor, contestó Trangoil Lanec con dulzura. Curumilla sigue la pista de los raptores y la jóven virgen pálida se salvará.

—¿Me dice V. eso con formalidad? jefe; está realmente Curumilla persiguiéndolos? dijo el jóven fijando sus ojos ardientes en el indio: ¿podré abrigar esperanzas, en efecto?

—Trangoil Lanec es un Ulmen, respondió noblemente el araucano; la mentira nunca ha manchado sus labios, su lengua no está partida; le repito que Curumilla sigue á los raptores. Teaga mi hermano esperanza, que volverá á ver al pajarillo que canta tan dulces canciones en su corazón.

Un leve rubor tiñó el rostro del jóven al oír estas palabras. Una sonrisa triste arqueó sus pálidos labios, estrechó dulcemente la mano del jefe y se dejó caer de nuevo en su hamaca cerrando los ojos.

De pronto se oyó fuera el galopé furioso de un caballo.

—Bueno! murmuró Trangoil Lanec mirando al herido, cuya respiración regular mostraba que dormía profundamente, ¿qué dirá ahora Valentin?

Salió presuroso y se encontró en frente de Valentin.

El parisiense tenia las facciones trastornadas por la inquietud.

—Jefe! exclamó con voz anhelosa, ¿será cierto lo que dicen los peones?

—Sí, contestó el jefe friamente.

El jóven quedó como si le hubiese herido un rayo.

El araucano le sentó sobre un fardo, y colocándose junto á él, cogió su mano diciéndole con dulzura:

—Mi hermano tiene mucho valor.

—Ay! exclamó el jóven con dolor. ¡Luis! mi pobre Luis ha muerto asesinado! ¡Oh! añadió con un gesto terrible, yo le vengaré! Solo por cumplir con ese deber sagrado, es por lo que consiento en vivir todavía algunos días!

El jefe le miró un instante con atencion.

—¿Qué está diciendo mi hermano? repuso, su amigo no ha muerto.

—Oh! ¿á qué procurar engañarme? jefe.

—Digo la verdad, D. Luis no ha muerto; repuso el Ulmen con una voz imponente que hizo penetrar la convicción en el corazón destrozado del jóven.

—Oh! dijo con un arrebató, levantándose de un salto, ¿vive? será posible?

—Ha recibido dos heridas.

—¿Dos heridas!.....

—Si, pero tranquilícese mi hermano; no son peligrosas y dentro de ocho días, á mas tardar, estará curado.

Valentin quedó un momento estupefacto al oír aquellas buenas noticias, despues de la catástrofe que los peones y los arrieros le habian anunciado.

—Oh! exclamó echándose en los brazos del jefe, á quien estrechó con una especie de frenesí sobre su pecho. Es cierto, ¿verdad? ¿No se halla su vida en peligro?

—No, tranquilícese mi hermano. Solo la pérdida de sangre le ha causado el desvanecimiento en que ha caído, y respondo de él.

—Gracias, gracias, jefe. Puedo verle, ¿no es cierto?

—Está durmiendo.

—Oh! no le despertaré, descuide V., solo que quiero verle.

—Pues véale V., contestó Trangoil Lanec sonriendo.

Valentin entró.

—Miró un instante á su amigo, sepultado en un profundo sueño; é inclinándose suavemente hácia él, estampó un beso en su frente, diciendo en voz baja.

—Duerme, hermano, que yo velo.

—Los labios del herido se agitaron y murmuró.

—Valentin!..... Sálvala!.....

El parisiense frunció el entrecejo y enderezándose, dijo á Trangoil Lanec.

—Venga V., jefe, y refiérame con todos sus pormenores lo que ha ocurrido, á fin de que yo pueda vengar á mi hermano y salvar á la que ama.

Los dos hombres salieron de la tienda.

XL.

DIPLOMACIA ARAUCANA.

Antinahuel no habia permanecido mucho tiempo ocioso. Apenas hubo desaparecido la escolta del general entre un remolino de polvo, cuando volvió á montar á caballo, y seguido de los jefes araucanos cruzó el río.

Cuando llegó á la opuesta orilla, hincó su lanza en tierra, y volviéndose hácia el Chasqui (heraldo), que iba á su lado dispuesto á ejecutar sus órdenes, le dijo:

—Que los grandes Toquis, los Ulmenes y los

Apo-Ulmenes se reúnan aquí dentro de una hora. El fuego del Consejo se encenderá en este momento para un gran *Aucea-coyog* (Consejo). Ande V.

El Chasqui inclinó la cabeza sobre el cuello de su caballo y le clavó las espuelas.

Antinahuel dirigió una mirada en torno suyo. Los jefes habian regresado á sus chozas, y un guerrero se habia quedado. Al verle, sonrisa arqueó los labios del Toquí.

El guerrero era hombre de elevada estatura, de semblante altivo, y cuya mirada penetrante tenia una espresion feroz y cruel.

Parecia estar en la fuerza de la edad, es decir, tenia próximamente cuarenta años. Llevaba un poncho de pelo de llama, de estremada finura de colores muy vivos, y el largo bastón de plata que tenia en la mano, le daba á conocer por un Apo-Ulmen.

Contestó á la sonrisa del Toquí con una mirada de inteligencia, é inclinándose á su oído, le dijo con un acento de odio gozoso:

—Cuando los Cuguardos se destrozan entre preparan buena comida para las águilas de los Andes.

—Los puelches son águilas, contestó Antinahuel, son dueños del opuesto lado de las montañas, y dejan á las mujeres *huiliches* el cuidado de tejerles los ponchos.

Al oír este sarcasmo lanzado contra los *huiliches*, fracción del pueblo araucano que se dedica principalmente á la agricultura y cría de reses, el Apo-Ulmen frunció el entrecejo.

—Mi padre es severo para con sus hijos, con voz bronca.

—El *Cervo Negro* es un jefe temido de su fracción, contestó Antinahuel con un acento colérico, es el primero de los Apo-Ulmenes de *Allaregues* (provincias) del *Languem-Mapus* (marca marítima). Su corazón es puelche, y alma se regocija cuando está á mi lado. ¿Por qué no han de estar sus Ulmenes en la misma disposición de ánimo que él?

—Mi padre lo ha dicho. Obligadas á vivir en continuas relaciones de comercio con los *Culhuinea* (miserables españoles), las tribus de *Languem-Mapus* y de las *Telbun-Mapus* (países interiores), han dejado su lanza para tomar el azadón, se han hecho labradores. Pero no se equivoque mi padre: el antiguo espíritu de su raza desea siempre en ellos, y el día en que fuera preciso se batiesen por su independendencia, todos alzarían á la vez para castigar á los que pretendiesen avasallarlos.

—Será cierto! exclamó Antinahuel con veza, deteniendo repentinamente su caballo y rando frente á frente á su interlocutor. ¡Ah! ¿dré contar efectivamente con ellos?

—¿A qué hablar de eso en estos momentos? dijo el Apo-Ulmen con una sonrisa irónica. ¿Acaba mi padre de renovar los tratados con rostros pálidos?

—Es cierto, dijo el Toquí lanzando una mirada profunda al guerrero indio. La paz está asegurada para mucho tiempo.

—Mi padre es un jefe sábio. Lo que hace bien, repuso el otro bajando los ojos.

Antinahuel se disponia á contestar, cuando un indio llegó á rienda suelta, y por un prodigio de destreza que solo pueden ejecutar aquellos guerreros consumados, se detuvo súbitamente delante de los jefes, y permaneció inmóvil como una estatua de bronce.

La respiración anhelosa de su caballo, que se veía por el hocico un humo espeso, y cuyo cuerpo estaba surcado por torrentes de una puma blanca, demostraban que habia dado una carrera larga á escape tendido.

Antinahuel le miró un instante.

—Mi hijo *Theg-teg* (el fulminante) ha hecho un viaje rápido.

—He ejecutado las órdenes de mi padre, contestó el indio.

Al oír estas palabras, el Apo-Ulmen, por un efecto de creacion, volvió su caballo para alejarse.

Antinahuel puso la mano sobre su brazo.

—El *Cervo Negro* puede quedarse, dijo, ¿es mi *penni*?

—Me quedaré si mi padre lo desea, replicó el jefe con dulzura.

—Pues que se quede. Su padre no tiene velos para él.

Y volviéndose hacia el guerrero indio, que continuaba inmóvil, añadió:

—Que hable mi hijo.

—Los *Chiaplos* (españoles) se están batiendo, contestó este. Han desenterrado el hacha y la han vuelto contra sus propios pechos.

—*Aymi* (¡oh!) exclamó el Toquí con fingida sorpresa, mi hijo se engaña. Los rostros pálidos no son Cuguardos para devorarse entre sí.

Y se volvió hacia el *Ciervo Negro* con una sonrisa de espresion indefinible.

—*Theg-teg* no se equivoca, contestó gravemente el guerrero indio. Sus ojos han visto bien. La toldería de piedra que los rostros pálidos llaman Valdivia, es en este momento un brasero mas ardiente que el volcan de *Autaco*, que sirve de retiro á Guecubu, el génio del mal.

—¡Bueno! repuso friamente el Toquí. Mi hijo ha visto bien. Es un guerrero muy valiente en la batalla, pero tambien es prudente, y habrá permanecido apartado para regocijarse sin procurar saber quien llevaba la mejor parte.

—*Theg-teg* es prudente; pero cuando mira, quiere ver bien. Lo sabe todo, y mi padre puede interrogarle.

—¡Bueno! El gran guerrero de los rostros pálidos ha marchado de aquí para volar á socorrer á sus soldados; la ventaja habrá sido suya.

El indio se sonrió sin contestar.

—Que hable mi hermano, repuso Antinahuel. El Toquí de su nacion le interroga.

—Aquel á quien mi padre llama el gran guerrero de los rostros pálidos está prisionero en poder de sus enemigos. Sus soldados se han dispersado como los granos de trigo sembrados en la llanura.

—¡*Aymi*! exclamó Antinahuel con fingida cólera. Mi hijo tiene la lengua embustera. Lo que dice, no puede ser. ¿Llega á ser el águila presa del mochuelo? El gran guerrero tiene el brazo fuerte como el rayo de Pillian, y nada le resiste.

—Ese brazo tan poderoso no ha podido salvarle. El gran guerrero está cautivo. El puma valiente ha sido sorprendido por los zorros astutos, y ha caído, traidoramente vencido, en el lazo que habian tendido bajo sus pies.

—¿Pero y sus soldados? El gran Toquí de los blancos tenía un ejército numeroso.

—Ya se lo he dicho á mi padre. Cautivo el jefe, los soldados, llenos de desconsuelo y espanto por Guecubu, han sucumbido bajo los golpes de sus enemigos irritados.

—¿Y los jefes vencedores les perseguirian sin duda alguna?

—¿Para qué? Los rostros pálidos son mujeres sin valor. Tan luego como sus enemigos lloran é imploran gracia, los perdonan.

Al oír esta noticia, el Toquí no pudo reprimir un movimiento de impaciencia que disimuló en seguida.

—Los hermanos no deben ser inexorables, dijo, cuando alzan el hacha unos contra otros, pues sin querer pueden herir al amigo. Los guerreros pálidos han hecho bien.

El indio se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Qué hacen ahora los rostros pálidos? repuso el jefe.

—Se hallan reunidos en el fuego del consejo.

—Bueno, son hombres prudentes. Estoy contento de mi hijo, continuó Antinahuel con una sonrisa graciosa. Es un guerrero tan diestro como valiente, y puede retirarse para disfrutar el descanso que le es tan necesario despues de tan larga carrera.

—*Theg-teg* no está cansado. Su vida es de mi padre, contestó el guerrero inclinándose; puede disponer de ella á su antojo.

—Antinahuel se acordará de su hijo, repuso el jefe haciéndole una señal de despedida.

El indio se inclinó respetuosamente ante su jefe, y oprimiendo las rodillas y refrenando la brida, hizo ejecutar una corveta á su caballo que

se levantó del suelo en un salto enorme, y se alejó caracoleando.

El Toquí le siguió un momento con la vista con aspecto distraído, y dirigiéndose al Apo-Ulmen, le preguntó:

—¿Qué piensa mi hermano de lo que acaba de decir ese hombre?

—Mi padre es el mas sabio de los Toquis de la nacion, el jefe mas venerado de las tribus araucanas, Pillian inspirará á su espíritu palabras que subirán á sus labios y que nosotros escucharemos con respeto, contestó evasivamente el *Ciervo Negro*, que temia comprometerse con una respuesta harto franca.

—Mi hermano tiene razon, replicó el Toquí con una mirada orgullosa. *Nieu cuei ni amey malghon* (tengo mi ninfa).

El Apo-Ulmen se inclinó con aire convenido.

Harémos observar al lector, con motivo de esta espresion que por primera vez sale de nuestra pluma, que en la mitología araucana, además de un número infinito de dioses y diosas, hay lo que llaman *amey malghon*, es decir, ninfas espirituales que desempeñan cerca de los hombres el oficio de genios familiares. No hay jefe alguno afamado entre los araucanos que no se alabe de tener una á su servicio.

Por eso, lo que acababa de decir Antinahuel, lejos de retraer al *Ciervo Negro*, le inspiró, por el contrario, mayor veneracion hácia su jefe, porque él tambien se enorgullecia interiormente con la idea de tener á sus órdenes un espíritu familiar, aunque no se atrevia á afirmarlo en alta voz.

En aquel momento sonaron con fuerza las trompetas y los tambores araucanos.

Los *chasquis* llamaron á los jefes al Consejo.

—¿Qué hara mi padre? preguntó el Apo-Ulmen.

—El hombre es débil, contestó Antinahuel, pero Pillian ama á sus hijos los moluchos, y me inspirará las palabras que pronunciaré. Mi único deseo es la felicidad de la nacion araucana.

—Mi padre ha convocado el gran *Aucca-Coyog* de la nacion. ¿Sospechaba, pues, la noticia que acaba de saber?

—Antinahuel lo sabe todo, contestó este con fingida sonrisa.

—¡Bueno! yo sé lo que mi padre piensa.

—Quizás.

—Acuérdese mi padre de las palabras que he pronunciado.

—Mis oídos están abiertos, que las repita mi hijo.

—Cuando los Cuguardos se destrozan entre sí, preparan buena comida para las águilas de los Andes.

—¡Bueno! dijo Antinahuel riendo, mi hijo es un gran jefe, que me siga al *Aucca-Coyog*. Los guerreros nos aguardan.

Los dos araucanos cambiaron una mirada de indefinible espresion.

Aquellos dos hombres tan astutos y disimulados, se habian entendido sin confesarse nada uno á otro.

Se dirigieron á galope al sitio en el cual los jefes les aguardaban formados en circulo en torno de un brasero cuyo humo subia en torbellinos hácia el cielo.

XLI.

DIPLOMACIA ARAUCANA.

(Continuacion.)

Los araucanos á quienes ciertos viajeros mal informados ó de mala fé se obstinan en representar como hombres salvajes sepultados en la barbarie mas espantosa, son, por el contrario, un pueblo relativamente muy civilizado.

Su gobierno, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que en la época de la conquista por los españoles se hallaba tan bien organizado y funcionaba con la misma facilidad que ahora, es, segun hemos dicho en un capítulo precedente, una republica aristocrática de aspecto esencialmente feudal.

Este gobierno que toma todas las apariencias del sistema feudal, tiene tambien todas sus cualidades y todos sus defectos.

Así, pues, excepto en tiempo de guerra, los Toquis no tienen mas que la sombra de los soberanos. El poder reside en la corporacion entera de los jefes, quienes sobre las cuestiones de importancia deciden en una reunion general denominada *Buta-Coyog* ó *Aucca-Coyog*, gran consejo ó consejo de los hombres libres, porque tal es el nombre que hacen alarde de darse entre sí, nombre muy justo, puesto que nadie ha podido someterlos en tiempo alguno.

Estos consejos se celebran generalmente á la vista de todos en una pradera estensa.

Antinahuel habia aprovechado presuroso el pretexto de la renovacion de los tratados para procurar obtener de los jefes la autorizacion para ejecutar los proyectos que hacia tanto tiempo estaba madurando en su mente.

El código araucano, el *Admapu*, que resume todas las leyes de la nacion, le imponia esta obligacion, de la cual no alcanzaban á relevarle su fama y su popularidad.

Pero esperaba vencer la oposicion de los jefes á su repugnancia á condescender con su voluntad, merced á su elocuencia y á la influencia que en varias ocasiones habia ejercido sobre el ánimo de los ulmenes, aun los mas resueltos á resistirle.

Los araucanos cultivaban con buen éxito el arte de la palabra, que entre ellos conduce á los honores públicos.

Se esforzaban para hablar bien su lengua y conservar su pureza, guardándose, sobre todo, de introducir en ella palabras extranjeras. Llevan tan lejos esto que, cuando se establece entre ellos algun blanco, le obligan á dejar su nombre para tomar uno de su pais.

El estilo de sus discursos es figurado y alegórico. Denominan *Coyagtucan* al estilo de las arengas parlamentarias. Es digno de notarse que estos discursos comprenden todas las partes esenciales de la verdadera retórica y casi siempre se hallan divididos en tres puntos.

Las pocas palabras que acabamos de decir, bastan para probar que los araucanos no son tan salvajes como se complacen en suponerlos.

En resumen, un pueblo pequeño, que sin ayuda y aislado en el extremo del continente, que desde el desembarque de los españoles en sus playas, es decir, desde hace trescientos años, se ha resistido constantemente solo á los ejércitos europeos, compuestos de soldados aguerridos y de aventureros codiciosos á quienes ninguna dificultad parecia que habia de detener, y que ha conservado intactas su independencia y su nacionalidad; á nuestro modo de ver es respetable, en todos conceptos, y no debe ser mancillado impunemente con el nombre de bárbaro, venganza triste y despreciable de los hombres orgullosos é impotentes que nunca han podido vencerle, y que hoy le pagan un tributo bajo las apariencias engañosas de una ofrenda anual.

Nosotros que, arrojados por la casualidad de nuestras aventuras de viajes entre aquellas tribus indomables, hemos vivido muchos dias con ellas, hemos tenido ocasion de juzgar sanamente á aquel pueblo desconocido, y hemos podido apreciar toda su sencillez, toda la grandeza y generosidad de su carácter.

Terminando aquí esta digresion algo larga, tributo de gratitud pagado á antiguos amigos muy queridos, volverémos á tomar el hilo de nuestra narracion.

Antinahuel y el *Ciervo Negro* llegaron al sitio en que se hallaban reunidos los jefes.

Echaron pié á tierra y se mezclaron con el grupo de los ulmenes.

Los jefes, que conversaban pacíficamente entre sí, se callaron al verlos llegar, y durante algunos minutos reinó en la reunion el mayor silencio.

(Se continuará.)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 31).

CAPITULO IV.

LA TEMPESTAD.

Hondamente desconsolado se retiró Pietro de la huerta, y apenas pudo acertar á ir á su casa.

Era esta muy modesta, pero limpia y aseada, erigida en frente del Procuratié, que hoy está unido al bello y sólido edificio de las prisiones, por un magnífico puente de mármol llamado del Sospiri.

El canal oscurecia sus aguas casi á los bordes de la puerta y una góndola habia amarrada por lo ordinario á la escalera que descendia desde su mampirlan.

Pietro subió la escalera, empujó la puerta, y pasando una habitacion sin saludar á los que en ella habia, cabizbajo y triste, se encerró en su dormitorio.

Los que habia en la habitacion indicada, eran Masaniella, mujer de cincuenta años, arrugada, encanecida, pero aun firme y supersticiosa, y su marido Piazzini, gondolero, hombre de generosos sentimientos, como lo demostró cuando recogió moribundo á Castell en el Littorale, ágil, fogoso, pero crédulo y como apocado por los reveses de fortuna que habia sufrido.

—¡Por san Giovanni Paulo! exclamó Masaniella; ¿no has leído en su rostro?

—Si, Masaniella, he leído que debe gangrenarle mucha pena el corazon cuando no ha saludado siquiera á sus padres.

—Si nosotros fuéramos sus padres verdaderamente, ¿no te parece que seriamos demasiado felices con tener un hijo tan hermoso y tan gallardo.

—Es la envidia de los gondoleros, Masaniella; pero como nosotros le hemos criado, debemos estar contentos y ufanos.

—Mientras él sufre con penas que desconocemos, Piazzini.

—¡Calle! ¿Se habrá sublevado contra el destino que le dió el oficio de gondolero? ¡Ah! si así fuera, ¡cuánto daría yo por ser un Rezzonico ó un Tiepolo!

—No, no creas tus pensamientos; ¿piensas que Pietro es ambicioso? Si fuera ambicioso ¿no habria ya brincado á un buque que se hiciese á la vela para las Indias? De las Indias han vuelto muchos ricos y sobre todo los venecianos.

—Pero no ahora, Masaniella, porque los tiempos que corremos son bocanadas del mismo ángel malo.

—¡Oh! calla!..... calla!..... ¿No sabes que me aterra el nombre del ángel malo?

—¿Y por qué no le hemos de tener en los labios para maldecirle, cuando él ha sido quien condujo á los genoveses á las Indias por un camino mas corto que el nuestro?

—Eso lo dices tú.

—Y todos los venecianos que se han criado en el agua, respondió Piazzini.

—¡Dios mio! este hombre no le teme al ángel malo; ¿darás lugar, Piazzini, á que una noche te coja de los cabellos y te lleve al castillo Negro?

—Yo temo á todos los castigos que Dios envía; pero el signor Castell ha dicho muchas veces que no debemos indignarnos contra el ángel malo, y como el signor Castell jamás habla fuera de razon, yo no me indignaré. ¿Y quieres que le tema? El signor Castell reveló además que ponía en duda la existencia del ángel malo.

—¡Ya! ¿pero por qué? no recuerdas? Fue porque Pietro y otros gondoleros iban á ir al castillo Negro con el objeto de matarle. ¡Dios mio! añadió de repente la vieja dando un retemblor, si estará Pietro triste porque se le haya aparecido el ángel malo!

—En fin, articuló Piazzini un tanto remiso, ¿quién sabe!

—¡No es por eso! gritó Masaniella; ahora reflexiono que no es por eso!

—¿Que te se ocurre?

—¿Habrá reñido con Giorgia?

—¡Diábolo! podrá ser, pero no, Masaniella: ¿olvidas que ya tratamos con Blondina que se casaría con Giorgia?

—Es cierto, y sin embargo, bien podrá Giorgia no querer ya casarse con Pietro.

—Mañana lo sabremos.

—¿Me llevarás de visita al Littorale?

—¿Y tú para que vas á tomar esa molestia?

—¡Oh! voy á ir á casa de Blondina por si Giorgia no ama ya á Pietro ponerla mas encarnada que una amapola.

—Bien, mañana irémos á pasar allí la tarde.

—¿Qué hora será?

—En san Marcos han sonado las diez.

Y Piazzini recostando la cabeza en el respaldo de la silla quedó aletargado, mientras Masaniella doblando la frente sobre las rodillas principió á soñar con el ángel malo.

Pietro en aquel instante pasó entre los dos de puntillas, y saltando cinco minutos despues á la góndola, se deslizó á lo largo del canal.

La noche estaba apacible y solemne.

El silencio sepulcral que interrumpian los murmullos de las aguas la daba una espresion misteriosa.

El traje holgado de gondolero que cubria á Pietro, era bamboleado por la brisa, y sus facciones las iluminaban los rayos plateados de la luna.

Caiale el cabello sobre el cuello en forma de bucles; sus ojos eran grandes y negros; líneas purísimas destacaba su nariz; la sonrisa que parecía anexa á sus labios, tenia algo de magnética, y toda su fisonomia respiraba valor y juventud.

Remando con su habilidad acostumbrada, no tardó mucho en llegar al Littorale.

Un cuarto de hora despues, Pietro cruzó la solitaria huerta y se acercó temblando á la reja de la casita de Giorgia.

—Si, murmuró, ¿ella no me ama! ella no se acuerda de mí! y sin embargo, vendré á su reja todas las noches, pero lo que es verla, lo que es cambiar mi palabra con la suya..... ¡Dios mio! no..... jamás..... jamás..... ¡Ingrata! y yo que le ofrecía tan puro mi corazon!..... y yo que tanto la amo!.....

Pietro sintió un dolor agudo en el corazon con los celos que aun rafagueaban en él como una hidra espantosa, y limpiándose el sudor que anegaba su frente, se retiró mas enamorado de aquellos sitios, que tan poderosa influencia ejercían sobre su existencia.

Y volviendo á manejar los remos de la góndola, entró en Venecia entonando una cancion que podría bautizársela con el nombre de triste endecha.

En toda la noche pudo reconciliar el sueño.

Y es porque la juventud estima en tanto sus emociones, siempre grandes y sublimes, que se figura que un mundo se desploma sobre sus hombros cuando le punzan en el corazon los celos borrascosos del primer amor.

A otro dia, Pietro parecia con su melancolía una victima de la fatalidad.

El amor, para quien lo siente, es una joya inestimable, y para quien le mira impassible, es una perla falsa.

Piazzini frisaba ya en la edad en que se cree el último concepto; pero por disipar la tristeza del jóven, le instó á que fuesen aquella tarde á casa de Giorgia: tan cierto es que si la vejez no tuviera compasion tildarian de loca á la juventud.

Pietro se negó á ir de visita á casa de Giorgia.

Pero asiéndole Masaniella de un brazo, el jóven, por decirlo asi, se dejó llevar hasta la góndola.

Entonces no tuvo valor para resistir la tentacion de ver á la mujer que amaba, y tomando los remos con vigoroso ademan, la góndola voló sobre las aguas.

El sol habia andado la tercera parte de su carrera cuando la familia de Piazzini llegó á casa de Giorgia.

La puerta estaba cerrada.

Pietro dió la vuelta á la casa y encontró tambien cerrada la ventana de la reja.

—¿Habrán ido de paseo? preguntó Masaniella.

—Quereis saber donde están, dijo Pietro.

—¿Dónde?

—Venid.

Y los condujo á una ligera colina que habia veinte pasos de distancia.

En la falda opuesta de la colina, sobre dos pequeñas rocas que el mar lamia, estaban sentados Blondina y Giorgia, Croverto y Castell.

La lancha en aquella especie de rada se columpiaba con un movimiento majestuoso y casi excitante.

Dos minutos despues las dos familias se abrazaban, en tanto que las aves chillaban inquietas en el mar.

Giorgia no se atrevia á levantar los ojos hacia Pietro, y este aparentaba no mirarla arrancando con un junco las plantas acuáticas que crecían en la orilla.

Al fin, tampoco esta vez pudo resistir la tentacion, y acercándose á la jóven, le indicó la superficie tranquila del mar, como diciéndole que su amor era mas bello que aquel magnífico panorama que se presentaba á la vista.

—¿Qué cosa mas bella que esas aguas, espejo donde Dios se regocija? preguntó Giorgia como respondiéndole á aquel pensamiento.

—¿Qué! dijo Pietro.

—Nada hay mas hermoso, en efecto, hijo mio observó Piazzini con ese sentimiento religioso que los marinos tienen hacia el mar.

—Es verdad, murmuró Pietro; de suerte que solo Giorgia pudiera oírle, es verdad; nada hay mas hermoso que ese mar, excepto tu rostro donde Dios mira su propia belleza.

Giorgia se sonrió.

—¿Por qué no surcamos como otras veces el golfo tan tranquilo? exclamó con ansiedad.

—No, dijo Blondina, la tarde no está á propósito.

—No se ve una telaraña en el cielo, repuso Masaniella deseosa de que su hijo pudiera hablar á solas con Giorgia.

—Mucho habeis perdido la vista, Masaniella porque en el horizonte asoma una especie de tempestad.

—Aquel celaje es de color, objetó Piazzini.

—¡Demonio! ¿habeis perdido, no la vista como vuestra mujer, sino la brújula, signor Piazzini? repuso Castell.

—En fin, madre mia, murmuró Giorgia abrazando á Blondina, y poniendo los labios en su oído; quiero pasear con Pietro para que se quite el disgusto que tiene conmigo.

Blondina no sabia contrariar ningun propósito de su hija, y asi que dijo con una sonrisa:

—Vamos, Pietro, da un paseo con Giorgia por el golfo, pero sin que os perdamos de vista.

Croverto, que aguardaba con reprimida ansiedad el resultado de aquella discusion, ocultó la frente entre las manos.

En tanto Pietro, rebosando júbilo y felicidad, acercó la lancha, y Giorgia se metió en ella con una satisfaccion indescriptible.

Pietro tomó los remos y se alejó de la orilla entonando una preciosa cantinela.

A poco flotaban en medio del golfo y se distinguían en pequeños bultos los espectadores que los contemplaban sobre las rocas.

Pietro dejó los remos y se acercó á Giorgia, asiendo con delicadeza una de sus manos.

—Te doy gracias porque al fin me haces dichoso, dijo con espresion de alegría.

—¿Y cuándo no he querido yo hacerte? repuso Giorgia con aquel acento de efusiva sinceridad que le daba un realce de inocencia tan infinita.

—Ayer hablabas con un hombre, como si yo estuviera; ¿no te acuerdas, corazon mio?

—¡Pobre Croverto! No le tengas odio, querido Pietro.

—Te besó dos veces la mano.

—Y la besaré cuantas veces desee, Pietro, porque yo le adoro como a mi madre y a Castell; ¿tienes desconfianza de mí?

—Pero besarte la mano!

—No tengas cuidado, que á él no le digo mas que Croverto, y á ti Pieltro mio; á él le adoro y á ti te amo; ¿no vale mas el amor? A la persona que se adora se le mira con algun respeto que es extraño al amor, donde no hay mas que sinceridad, afecto, belleza, confianza. Esto lo sé por la esperiencia, Pieltro, porque tú estás á mi lado y me parece que no estás, al mismo tiempo que siento correr por mis venas una felicidad que no puedo explicar. ¡Oh, Pieltro mio! en nombre de tanta grandeza con que Dios nos rodea en este momento, te suplico que no te enfades nunca conmigo.

Pieltro no sabia qué responder.

Tan embargado, tan fuera de sí la escuchaba, que cayó de rodillas á sus piés, inmóvil, abstraído, silencioso.

Luego tocó con los labios la mano que asia dulcemente, y se puso á mirar sus ojos como cuando se contempla estático la inmensa belleza del universo.

Tan felices eran en aquel momento que no advirtieron que las olas se agitaban inquietas, y que el celaje se habia transformado en nube sobre su cabeza.

Los que habia empujados en las rocas de la orilla, exhalaban un grito penetrante que se adhirió con el prolongado chillido de las paviotas que revoloteaban en la superficie erizada del golfo.

Los relámpagos cruzaron el firmamento seguidos de roncós truenos que retumbaban en las concavidades, y el mar rompió en estrepitosos mugidos que revolvián los profundos abismos.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó Blondina; ¡mi hija!

—Todavía se ve la lancha, gritó Castell.

—¡Ah! balbuceó Masaniella; ¡mirad allá á lo largo!..... Un fantasma sale de las olas..... es negro..... horrible..... ¡El ángel malo!

Y se desmayó.

Blondina se apoyó en la roca para no rodar al mar.

—¡Mi hija! articulaba, mi hija! Pero su voz desfallecida se ahogaba en la voz irritada y omnipotente de la naturaleza.

—¡Rayos! no se ve la lancha! gritó Castell.

—¡Al mar! tronó Croverto; salvemos á Giorgia!

—¡Al mar! repitió Castell; salvémosla!

Blondina se desmayó. Denso velo de oscuridad sepultó los mares y las olas parecían querer estrellarse contra el cielo.

CAPITULO V.

EL ANGEL MALO.

A los primeros truenos, Pietro volvió en sí y lanzó un grito de desesperacion. Tomó los remos con celeridad; pero no pudo cortar las olas.

Entonces alzó los brazos al cielo con espresion de impiedad, y Giorgia los bajó temblorosa, murmurando:

—No blasfemes, Pietro mio.

—Pero tú corres peligro.

—Yo estoy en el cielo, puesto que estoy á tu lado.

—No; no morirás, balbuceó Pietro; ¡soy capaz de conducirte á la orilla sobre mis hombros!

Giorgia echó alrededor una mirada, y al contemplar tan furibundos los abismos que amenazaban tragarlos, no pudo sostener por mas tiempo su ánimo.

Cruzó las manos en el pecho y cayó desencarada y pálida á los piés de su Pietro.

Un torbellino mugidor arrastró la lancha como una cáscara de nuez.

Pietro se asió á Giorgia para nadar con ella si las olas volcaban la lancha.

Dos minutos despues, este pequeño átomo perdido en la inmensidad, se estrelló contra la costa del islote donde estaba situado el castillo Negro.

Pietro casi arrastró á Giorgia á la orilla, mien-

tras la lancha reflujo hacia el interior del mar.

Despues la estrechó entre los brazos medio desmayada, y anduvo algunos pasos en busca de una gruta.

De repente oyó tristes aullidos en el golfo, y volviendo sorprendido la cabeza, vió una cosa negra que flotaba en las olas.

Pero entonces una mano robusta y superior le robó á la jóven de los brazos.

Pietro dió un chillido de terror, y vió al mismo tiempo que una especie de fantasma blanco desaparecia con Giorgia en el vientre de una roca por una abertura que volvió á cerrarse incontinenti.

Pietro no se hubiera admirado tanto de una sima que se abriera á sus piés, como de aquel estupendo prodigio.

Frenético y casi loco de indignacion, se abalanzó á la roca, haciendo infinitos esfuerzos para moverla, pero todo en vano; quiso llamar á Giorgia, y el nombre quedó helado en sus labios trémulos y entreabiertos.

Entonces se quedó inmóvil, estupefacto, ávido, desencajado y yerto de horror, de suerte que cualquiera le hubiera tomado por un hombre convertido en estatua como la mujer de Loth.

—¿Quién es? quién es? balbuceó como si tuviera delante el fantasma blanco.

—¡El Angel Malo! respondió una voz cavernosa y estremecedora.

Pietro miró en rededor y nada vió; su frente se cubrió de sudor frio y sus cabellos se crisparon. Tan aterrado estaba que no supo contestar sino con un mugido que se escapó de su corazón.

—¿No me crées? dijo la voz misteriosa. ¡Tan cierto es lo que te revelo como que he promovido la tempestad para que arribases á mi guarida!

—¡Es imposible! imposible! tartamudeó Pietro confundido.

—¿Qué no?

—Has robado la mujer que adoro por una traicion inesplicable; ¿pero te figuras que soy tan débil que vaya á creer en tu omnipotente poder?

—Otros mas incrédulos he convertido, y en prueba de que la tempestad ha sido impulsada por mí, observa cómo se ha disipado en cuanto he realizado mi deseo.

En efecto, la tempestad no azotaba ya con sus grandes ráfagas las turbias ondas del mar.

—¡Ah! dijo Pietro con sarcasmo, ¿quieres tener un poder omnipotente?

—Si hago milagros, ¿seré un Dios? ¡Mira!

Pietro retrocedió un paso asustado.

La verdosa cúspide de las rocas que lo circundaban, abriéndose por un movimiento simultáneo, arrojaron intensas ráfagas de fuego chispeante.

—¿Quién eres? quién eres? balbuceó.

—Soy el poder que encadena las tempestades; soy el poder que pone un cráter en la cresta de las rocas; soy el Angel Malo.

—¡Compasion, piedad! articuló Pietro creyendo á su pesar que le hablaba con efecto un poder sobrehumano.

—¿Qué quieres?

—¡Mi Giorgia! dadme mi Giorgia!

—¿Eres capaz de salvarla?

—Con cualquiera sacrificio; ¡venga mi Giorgia!

—Recoge el velo que hay en el suelo á tu espalda y pónlo á tu rostro.

Pietro, cada vez mas consternado, volvió la cabeza y vió á sus piés un negro velo, y cuando alzó la frente, el fuego de las rocas habia desaparecido.

Estendió el velo con una mano temblorosa y adaptándolo á su rostro, ató los extremos á la parte posterior de su cabeza.

—¡No veo! dijo.

Y sintió que alguno se acercaba.

—Sígueme, replicó la voz.

—Pietro fué á quitarse el velo para lanzarse sobre el que le habia robado á Giorgia, pero en el mismo instante una cosa se apoyó contra su pecho.

—Si haces un movimiento mas, dijo la voz, te asesino y despues degüello á la mujer que amas.

—Pietro tendió los brazos suplicamente.

—¡Sígueme!

—No veo, y me será imposible, replicó azorado.

—Como yo soy todo espíritu, tendríamos la misma dificultad, aun cuando te sustrajera el lienzo que cubre tu rostro; pero teniendo yo la facultad de elegir y adoptar la forma que mas me agrade, hé aqui de qué modo podré conducirte á un buen punto de vista como en otro tiempo el demonio llevó á Jesucristo.

—Pietro percibió entre la suya una mano escualida, huesosa, fria, aterradora.

—Sígueme, repitió la voz.

Un escalofrio circuló por las venas de Pietro, que se afirmó en la mano, siguiendo con efecto la direccion que le marcaba.

Luego conocia que le conducia aquel poder superior por veredas estrechas, obstruidas á trozos con enormes peñones que habian rodado impulsados por la tempestad de los puntos mas culminantes.

Las hojas secas que crugian bajo sus piés le dieron á entender que pasaban un bosque, cuyos murmullos percibia como en sueños.

Despues comprendió por el piso, que penetraban en un patio, y que dando algunas revueltas, se hallaron en una habitacion interior, en donde el aire ni tenia su total fluidez, ni el perfume de que casi siempre va impregnado en el campo.

En seguida tuvo que encorvarse y bajó una larga y estrecha escalera, siguió á continuacion una galeria, en cuyas bóvedas resonaban sus pasos, y al fin comprendió por el trabajo que le costaba respirar que se encontraba en un subterráneo.

Pero un subterráneo adornado con elegancia, puesto que sus piés hollaban ricos tapices, y con las manos tocaba al pasar fastuosos cortinones.

La mano escualida y fria le abandonó.

—Escucha, dijo la voz.

Pietro prestó atencion, agitada su alma con tumultuosos y lúgubres pensamientos.

—Hoy hace años que sufrí lo que significan las ceremonias que vienes haciendo sin comprender, jóven, prosiguió la voz. Pues bien, tenia prometido para esta noche una victima, la primera que encontrase, cuya última gota de sangre beberia con vino á la manera que los republicanos de Roma en tiempo de los emperadores para sellar sus planes con el misterio mas profundo.

—¡Pero vos sois un vampiro!

—Vampiro ó ángel malo, debo advertirte que tu Giorgia es la primera victima que ha caido en mi poder.

—¡Dios mio!

—Mi sentencia es irrevocable.

—¡Pero Giorgia!..... ¿qué os ha hecho la pobre Giorgia?

—Es la mujer que destino para mi venganza.

—¡Es tan hermosa! la amo tanto!

—¡Mejor! mejor!

—¡Oh! es imposible! exclamó Pietro sin fuerza ya para sostenerse; ¡es imposible que cometáis un crimen tan espantoso!

—¿Qué sé yo de crímenes? replicó la voz con amargo sarcasmo; ¿qué entiendo yo de espanto?

—¡No morirá! no morirá de un modo tan bárbaro!.....

—¿Y quién va á suplantar esa victima? quién dará por ella esa última gota de sangre?

—¡Yo! yo!

—Te iba á proponer la permuta, pero no lo hice desde luego temiendo que tu amor no fuese tan platónico. ¡Bah! tendrás veinte años, y esa edad no arredra al amor ningun sacrificio..... ¿Quieres algunos minutos para reflexionar?

—¿Pero sois tan inflexible? sois tan cruel que necesitéis sangre para refrescar vuestros labios?

—Soy el Angel Malo.

—¡Oh, por piedad! dejadnos por compasion! balbuceó Pietro, cuya mente se iba trastornando.

—¡No seas débil!

—¡Ah!

—El hombre pusilánime es digno de desprecio. ¿Vas tú á morir ó Giorgia?

—¿Con que no hay remedio?

—Un dia me dijeron que el destino es implacable, repuso la voz con vibrante tono.



A él no le digo mas que Croveto y á ti Pietro mio. (Pág. 503, columna 1ª)

—Pues bien, ya que sois un tigre, ó mejor dicho un monstruo sin nombre, ¡ya que es preciso, muero por ella!
(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA

(Continuacion.—Véase el n.º 31).

Esperábase con impaciencia que una circunstancia, prevista desde luego, diese ocasion á Napoleon III para completar las esplicaciones solamente bosquejadas en las anteriores proclamas.

Las visitas de los grandes cuerpos del Estado al emperador, que llegó á Saint-Cloud el 18 de julio último, han promovido esta circunstancia favorable. A continuacion damos la respuesta de S. M. á los discursos pronunciados por el presidente del Senado, el del Cuerpo legislativo y el del Consejo de Estado.

Hé aquí en toda su estension este documento histórico, y el cual reproducimos íntegro por la importancia que en si tiene:

«Señores:

«Al hallarme en medio de vosotros que, durante mi ausencia, habeis rodeado á la emperatriz y mi hijo de tanta adhesion, necesito daros gracias en primer lugar, y despues esplicaros cual ha sido el móvil de mi conducta.

«Cuando despues de una feliz campaña de dos meses, los ejércitos francés y sardo llegaron delante de los muros de Verona, la lucha iba á cambiar inevitablemente de naturaleza, lo mismo bajo el aspecto militar, que bajo el aspecto político. Yo me veia fatalmente obligado á atacar de frente á un enemigo atrincherado detrás de grandes fortalezas, protegido contra toda diversion en sus flancos por la neutralidad de los territorios que lo rodeaban, y empezando la larga y es-

teril guerra de sitios, encontraba en frente de mí á la Europa armada, dispuesta, ya fuese á discutirnos nuestras victorias, ya á agravar nuestros reveses.

«Sin embargo, la dificultad de la empresa no hubiera hecho vacilar mi resolucion, ni hubiera bastado á contener el arrojio de mi ejército, si los medios no hubiesen estado fuera de proporcion con los resultados que podian esperarse. Preciso era resolverse á romper con atrevimiento los obstáculos opuestos por los territorios neutrales, y entonces aceptar la lucha, tanto en el Rhin, como en el Addige. Era preciso fortificarse en todas partes francamente con el concurso de la revolucion. Habia que derramar todavía una sangre preciosa que habia ya corrido demasiado; en una palabra, para triunfar tenia que aventurarse lo que no es permitido á un soberano poner en juego, sino para salvar la independencia de su pais.

«Si me he contenido, no es, pues, por cansancio ó por falta de fuerzas, ni por abandono de la noble causa que queria servir, sino porque en mi corazon algo hablaba mas alto: el interés de la Francia.

«¿Créis, por ventura, que no me ha costado nada dominar el ardor de nuestros soldados, que, exaltados por la victoria, solo pedian marchar adelante?

«¿Créis que no me ha costado nada eliminar abiertamente ante la Europa de mi programa el territorio que se estiende del Mincio al Adriático?

«¿Créis que nada me ha costado ver destruirse nobles ilusiones en corazones honrados y desvanecerse esperanzas patrióticas?

«He hecho la guerra por servir la independencia italiana contra la opinion de toda Europa; pero desde el momento en que los destinos de mi pais han podido estar en peligro, he hecho la paz.

«¿Debe creerse por eso que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios hayan sido inútiles? No. Como ya lo he dicho al despedirme de mis solda-

dos, tenemos derecho para estar orgullosos de esta corta campaña. En cuatro combates y de batallas, un ejército numeroso, que no cede á ninguno en organization y en valor, ha sido vencido.

«El rey del Piamonte, llamado en otro tiempo el guardian de los Alpes, ha visto á su pais libre de la invasion, y la frontera de sus Estados se ha trasladado del Tesino al Mincio. La idea de una nacionalidad está admitida por aquellos que mas la combatian. Todos los soberanos de la península comprenden por fin la necesidad imperiosa de hacer reformas saludables.

«Por tanto, despues de haber dado una nueva prueba del poder militar de la Francia, la paz que he celebrado será fecunda en resultados; el porvenir los hará ver cada dia mas para dicha de Italia, influencia de la Francia y reposo de la Europa.»

Al lado de este discurso aclaratorio debemos colocar la proclama del rey Victor Manuel á sus soldados, en la que puede observarse que el monarca italiano acepta las previsiones de una lucha que nosotros quisiéramos dar por terminada. Dice así:

«Soldados:

«Despues de dos meses de guerra, hemos llegado vencedores á las márgenes del Mincio. Unidos á nuestros valerosos aliados hemos triunfado en todas partes.

«Vuestro valor, vuestra disciplina y vuestra constancia han escitado la admiracion de Europa. El nombre del soldado italiano circula de boca en boca.

«Yo, que he tenido la gloria de mandaros, he podido apreciar cuánto ha habido de heroico y de sublime en vuestra conducta, durante esta guerra. Es inútil, soldados, repetir que habeis adquirido los mayores títulos á mi reconocimiento y al de la patria.

«Soldados: Negocios importantes de Estado me llaman á la capital. Confio el mando del ejército al digno y bravo general La Marmora, que ha



EL GENERAL DE DIVISION MELLINET.

participado con nosotros de los peligros y victorias de esta campaña. Os anuncio la paz; pero si en lo porvenir el honor de nuestra patria nos llama al combate, me véreis reaparecer para mandaros, en la firme confianza que de nuevo alcanzaremos la victoria. — Victor Manuel. — Monzabano 12 de julio de 1859.»

No menos importante es el manifiesto dado por el emperador de Austria á sus pueblos, y publicado en la *Gaceta de Viena*. Lo insertamos á continuación, porque no queremos ni debemos privar á nuestros lectores de ninguno de esos documentos históricos que tanta importancia tienen, y que tan necesarios son para seguir paso á paso todas las fases delicadas de la guerra de la independencia italiana.

«Cuando se ha apurado, dice Francisco José, la medida de las concesiones compatibles con la dignidad de la corona y con el honor y el interés del país; cuando todas las tentativas para llegar á un acuerdo pacífico han fracasado, no hay mas que escoger entre dos alternativas, y lo inevitable se hace un deber. Este deber me ha colocado en la dura necesidad de reclamar de mis pueblos nuevos y dolorosos sacrificios, á fin de poderme encargar de la de sus mas sagrados bienes. Mis pueblos fieles han respondido al llamamiento, se han unido animosamente alrededor del trono y han soportado toda especie de sacrificios, exigidos por las circunstancias, con una abnegacion que merece todo mi reconocimiento, y aumenta, si es posible, mi viva afeccion hacia ellos; y que debia inspirarme la seguridad de que la justa causa, por cuya defensa mi valiente ejército volaba al combate, seria victoriosa. Desgraciadamente el resultado no ha respondido á esta esperanza general, y la suerte de las armas no nos ha sido favorable.

«El valeroso ejército austriaco ha mostrado una vez mas todavía su heroismo y su tenacidad de un modo tan brillante, que ha merecido la admiracion de todo el mundo y hasta la del enemigo; es una gloria para mí el ser el jefe de tal ejército, al que la patria debe agradecerle de haber puesto tan alto el estandarte nacional y de haberlo conservado puro. Otro hecho, no menos cierto, es que nuestros adversarios, á pesar de sus inmensos recursos preparados de antemano para una guerra proyectada mucho tiempo antes, y al precio de enormes sacrificios, no han podido conseguir mas que ventajas, y nunca una victoria decisiva; mientras que el ejército austriaco, animado de un valor á toda prueba, ocupaba una posicion desde donde le era posible recuperar todo cuanto habia perdido. Sin embargo, para lograrlo hubieran sido necesarios no menos grandes y no menos sangrientos sacrificios que los que habiamos hecho ya, y que han llenado mi corazon de un profundo dolor. En semejantes circunstancias,

era un deber tambien para mí el tomar en consideracion las proposiciones de paz que se me hacian. Los sacrificios exigidos por la continuacion de la guerra hubieran sido tanto mas penosos, cuanto ya me habia visto obligado á pedir á mis fieles súbditos otros nuevos en sangre y en dinero. No obstante, el éxito habria sido dudoso para mí, despues de haberme desengañado de la legitima esperanza que abrigaba de no permanecer aislado en la lucha, que no se habia empeñado únicamente por el interés y buen derecho de Austria.

«A pesar de la calorosa y profunda simpatía que nuestra justa causa ha encontrado en la mayor parte de Alemania, en los gobiernos y en los pueblos, nuestros mas naturales confederados se han rehusado obstinadamente á reconocer la alta significacion que encerraba la cuestion del dia. Austria se hubiera visto, por lo tanto, obligada á hacer frente sola á los acontecimientos, cuya gravedad podia aumentarse á cada instante. En su consecuencia, estando salvo su honor, merced al valor desplegado por el ejército en el campo de batalla, he resuelto obedecer á consideraciones políticas, hacer un sacrificio por el restablecimiento de la paz y consentir en los preliminares propuestos para su celebracion, despues de convencerme que entendiéndome directamente con el emperador de los franceses y sin intervencion de un tercero, obtendria en todo caso condiciones menos desfavorables de las que podia esperar de la inmiscion en las negociaciones de las tres grandes potencias que no han tomado parte en la guerra.

«Por desgracia ha sido preciso separar la mayor parte de Lombardia del resto del imperio. Pero lo que debe consolarme es el haber devuelto la paz á mis pueblos muy amados: este favor me es doblemente precioso, porque en adelante tendré tiempo para consagrar mi atencion y toda mi solicitud al buen éxito de la mision que me he impuesto, á saber: el fundar sobre bases sólidas el bienestar y el poder de Austria por el desarrollo razonable de sus fuerzas morales y físicas, y por medio de mejoras convenientes en las leyes de la administracion. En estos últimos tiempos de pruebas y de sacrificios, mis pueblos me han sostenido fielmente; que me sostengan ahora en la obra de paz que he emprendido, ayudándome á realizar mis buenas intenciones. He manifestado mi reconocimiento á mi valiente ejército en un orden general especial. Le renuevo la expresion de mis sentimientos hoy, hablando á mis pueblos á quienes agradezco de haber enviado sus hijos á los campos de batalla, por Dios, por el emperador y por la patria. Me acuerdo con dolor de los heroicos compañeros de armas que se han quedado en ellos para no volver mas. — Fechado en Luxemburgo, el 13 de julio de 1859.»

Esta paz, hecha de un modo tan inesperado, ha sido apreciada en Europa de muy diversos modos, y además de Francia, que procura explicarse aun los importantes acontecimientos que acaban de pasar, Alemania é Inglaterra no ocultan su descontento, y la humillacion que han sufrido al ver que no se las ha consultado para la paz, así como tampoco se contó con ellas para la guerra.

La *Gaceta Austriaca* aconseja á Prusia que no desarme, cueste lo que cueste. «¿A qué licenciar el land-wehr? Os veriais obligados á movilizarlo dentro de dos meses.» Otra cosa seria si Prusia hubiese ayudado á Austria; hubiera tenido que combatir contra 200,000 franceses y 150,000 italianos menos que tendrá que combatir en un tiempo dado.

A su vez la *Gaceta* de Prusia publica un artículo que puede considerarse como el punto de partida de la nueva linea de conducta que el gabinete de Berlin se propone seguir respecto de Austria. El diario semi-oficial se esfuerza, especialmente, en explicar por qué el ministerio prusiano se ha visto imposibilitado de prestar su cooperacion armada al Austria, por defender el antiguo orden de cosas en Italia, y afirma, al terminar, que el gabinete de Berlin no tiene motivos para sentir que haya llegado á ser inútil una mediacion que verosíblemente habria espuesto á Prusia á nuevos sacrificios.

Hé aqui algunos de los principales párrafos de dicho artículo:

«La sorpresa que debia causar en el primer momento la noticia súbita é inesperada de la paz, ha cedido su puesto á una apreciacion serena y reflexiva, y poco á poco va comprendiéndose todo lo grande que hay en el hecho de haberse establecido la paz y de no haberse realizado esta vez tampoco los temores que se habian concebido de una gran guerra europea.

«Si esto ha sido posible, se debe en gran parte á la actitud observada por la Prusia en estos últimos meses. ¿Puede desconocerse que habria dependido esencialmente de la Prusia dar á esta guerra las proporciones que se temian, tomando en ella parte y arrastrando consigo á la Alemania, lo cual le habria dado el carácter de esas guerras que han conmovido á la Europa durante generaciones enteras?

«Sabido es el entusiasmo con que una parte del pueblo alemán hubiera acogido esa conducta de la Prusia. Era bastante natural que un antiguo confederado y compañero de lucha, contando con simpatías que duran de mucho tiempo atrás, creyese poder contar tambien con una mancomunidad de accion en la guerra.

«El gobierno prusiano ha resistido á esas solicitudes, y hoy, al dirigir una mirada retrospectiva sobre la marcha entera de las cosas y sob-

bre el resultado que acaba de realizarse, no ve motivo alguno para estar pesaroso de su actitud. Esta le ha valido la aprobacion completa y casi sin escepcion de su propio pais, y puede creer tambien que llegará un dia en que la Alemania no le negará tampoco su reconocimiento por la conservacion de la paz.

»La posicion de la Prusia era diferente y mas difícil que la de las otras dos grandes potencias neutrales. Sus relaciones con Austria en el seno de la Dieta germánica, la proximidad del teatro, la guerra á las fronteras alemanas, todo esto podia, en el momento en que menos lo esperase, imponer á la Prusia obligaciones cuya importancia no ha desconocido su gobierno, como lo ha probado con sus medidas preparatorias de prevision y defensa. Debía por lo mismo cuidar con empeño de que no se presentara esa ocasion de una manera arbitraria y no justificada.

»Precisamente á causa de esa posicion, el gobierno debía sentirse particularmente inclinado á una mediacion por la cual podia abrigar el deseo y la esperanza de evitar á su antiguo aliado sacrificios cuya estension é importancia no permitian prever las eventualidades ulteriores de la guerra.

»La Prusia podia y debía considerar como mision suya esa obra de paz, y no la participacion en una lucha que habia sido emprendida, á pesar de sus consejos amistosos y serias amonestaciones, para apartar de ella al Austria; y si el nuevo manifiesto de paz del emperador espresa el sentimiento de que el Austria haya tenido que sostener esa lucha sin sus aliados mas antiguos y naturales, la Prusia no ha dejado, al menos en este punto, la mas mínima duda al gobierno imperial. Ella le dijo claramente que le faltaba la base verdadera y esencial de la mancomunidad, así de los motivos, como del objeto de la guerra.

»La Prusia puede sacar la espada por los intereses alemanes, tanto como por los intereses prusianos, y por los fundamentos sobre que descansa la paz de Europa; pero no puede hacerlo por mantener ó restablecer en Italia un estado de cosas que el Austria, por el tratado de paz actual, declara ella misma insostenible; no puede hacerlo por la conservacion de ciertas disposiciones de los tratados de 1815, los cuales, desde el principio de esta guerra, han sido puestos en tela de juicio, porque no debe echarse en olvido que para el Congreso, cuya reunion vino á impedir la intimacion del Austria á la Cerdeña, se tomaba unánimemente por base los tratados de 1815.

»La Prusia no podía emprender la guerra para obtener semejante resultado. No era ese un motivo suficiente para una guerra federal, de la que la misma Alemania hubiera podido llegar á ser teatro. No era una razon para llamar á la Europa á las armas.

»El Austria misma no ha visto en ello un motivo suficiente para poner en juego sus últimas fuerzas. Despues de una lucha de dos meses, en la que se ha visto forzada á retirarse, pero sin ser derrotada, renuncia á prolongar su lucha; y en vez de pedir nuevos sacrificios á sus pueblos, cuyas fuerzas están lejos de hallarse agotadas, ajusta la paz sacrificando una provincia y reconociendo que debe establecerse en Italia un nuevo orden de cosas.

»La posesion de la Lombardia, sus tratados anteriores con los príncipes italianos, todo el estado de cosas que habia existido hasta aquí, no le han parecido, por lo tanto, dignos de esos sacrificios que habrian costado la continuacion de sus esfuerzos, y una lucha suprema y decisiva: y por ese precio, muy caro en verdad, ¿qué paga el Austria sin verse obligada á ello por la última necesidad? Por ese precio, dirémos, ¿habrian debido intervenir la Prusia y la Alemania, con todas sus fuerzas y sacrificar la sangre de sus hijos?

»Convencido el gobierno prusiano de haber llenado su deber con su propio pais y con la Alemania, sin dejar de guardar por eso el miramiento debido á su posicion en Europa, no tiene

motivo alguno de estar descontento del giro enteramente imprevisto que han tomado los acontecimientos; y suspendiendo las medidas militares tomadas por él en la prevision de eventualidades que hoy dia no son ya verosímiles, espera los sucesos con esa tranquilidad que le dá sobre todo la conciencia de tener la aprobacion completa del pueblo entero.»

En Italia no se ha calmado aun la opinion pública, y frustradas en parte las esperanzas que concibieran al principio de la guerra, han dado lugar á una exaltacion que esperamos irá desvaneciéndose poco á poco, y no traerá consigo graves complicaciones.

El gobierno, á cuya cabeza está M. Buoncompagni, ha resuelto convocar una especie de asamblea constituyente, encargada de emitir su opinion sobre la suerte futura del pais. Para la eleccion de esta asamblea se ha puesto en vigor la ley de 3 de mayo de 1848. Al mismo tiempo se ocupa en formar una guardia nacional, y el *Monitor toscano* ha publicado una nota destinada á explicar estas diversas medidas. En dicha nota se recuerda la proclama de Milan, que, llamando á Italia al combate, dejaba espresamente al deseo de los pueblos el cuidado de arreglar su porvenir. Tambien se recuerda el ejemplo de los Principados danubianos, cuya opinion consulta la Europa en circunstancias analogas, y se le prepara á que emita un voto semejante. Entre tanto se ruega al rey de Cerdeña que acepte el protectorado del pais.

Por su parte el *Monitor de Bolonia* publica la proclama de M. de Azeglio invitando á los habitantes de las Legaciones á que tomen parte en la guerra de la independencía, y citándoles las palabras del Emperador: —«Sed hoy soldados, si mañana quereis ser ciudadanos libres é independientes.» Verdad es que M. Máximo de Azeglio se halla con que ha terminado momentáneamente su mision.

Circulan rumores de toda especie sobre la suerte reservada á los pueblos que mas francamente se han declarado por un cambio de gobierno.

Así es que diferentes periódicos dicen que el ducado de Parma debería pertenecer al Piamonte, y que el Piamonte obtendria tambien el gobierno de las Legaciones bajo la soberanía del Papa.

El conde Aresse, milanés, que habia sido encargado por el rey de componer el ministerio despues de la retirada del conde de Cavour, ha salido mal en su mision. M. Ratazzi es el que ha aceptado esta difícil tarea. Hoy ya conocemos el resultado de sus esfuerzos. Hé aquí los individuos que componen el nuevo ministerio:

El general de La Marmora, ministro de la Guerra, presidente del Consejo.

Dabormida, ministro de Negocios extranjeros.

Ratazzi, ministro de lo Interior.

Módena, Reggio y otras ciudades abren suscripciones, que se cubren de multitud de firmas, para protestar contra la restauracion del duque, y proclamar la reunion al Piamonte.

Como se ve, la situacion de Italia es aun bastante delicada, y se necesitará toda la prudencia de las potencias interesadas para evitar que las complicaciones que la guerra debia hacer desaparecer, no renazcan mas graves y peligrosas para el reposo de Europa pacificada.

EL GENERAL HESS.

El general austriaco Hess (Enrique, baron de) nació en Viena en 1788; entró en 1803 como alférez en el servicio militar, y al principio fué empleado, bien en el estado mayor general, bien en operaciones trigonométricas. Llamado á las banderas en 1809, se distinguió en la batalla de Wagram; volvió en seguida á continuar sus trabajos científicos, y cuando estalló la guerra de 1813, sirvió con el grado de capitán; recibió muchas condecoraciones extranjeras, y fué agregado á fines de 1814 á la oficina de la Guerra en calidad de mayor. Despues de haber mandado como segundo muchos regimientos de infantería,

pasó á coronel en 1829, y en 1830 fué puesto al frente de la division del estado mayor, jefe del cuerpo móvil de la Lombardia: los cuidados que prodigó en el ejercicio de estas funciones para la instruccion de las tropas, hicieron que muy pronto fuese considerado como uno de los mejores jefes del ejército austriaco.

Promovido á teniente feld-mariscal en 1841, Mr. de Hess continuó agregado al ejército de Italia. La guerra de 1848 le dió ocasion de desplegar su talento estratégico. Nombrado contra-maestre general, á él se debió en gran parte el honor de esta doble campaña, y el mariscal Radetzky, de quien era el principal consejero, se complació en reconocerlo así en mas de una ocasion. En efecto, concibió el plan de las principales operaciones, tales como la marcha sobre Venecia, la toma de esta ciudad, la victoria de Custoza: y en 1849 preparó y llevó á cabo esta corta campaña, que terminó al cabo de cinco dias con el desastre de Novara.

Estos eminentes servicios fueron recompensados con la orden de Maria Teresa, el título de baron, y el grado de jefe de estado mayor general del ejército.

En 1854 llevó á cabo, como enviado plenipotenciario, el convenio de 20 de abril con Prusia, y mandó los dos cuerpos de ejército reunidos á la frontera meridional, y destinados á vigilar los movimientos de la guerra de Oriente. Desde la paz de Paris volvió á tomar sus funciones de contra-maestre general.

En la guerra actual de Italia ha hecho toda la campaña á las órdenes del emperador Francisco José, en la que se ha portado con una bravura y arrojo dignos de su nombre.

EL GENERAL MELLINET.

El general Mellinet es tambien uno de los jefes mas queridos y estimados del ejército francés. Hijo de un coronel del Imperio; nació en 1808, cursó sus estudios militares en la escuela de Saint Cyr; tomó parte en la campaña de 1832 en Bélgica; y en 1840 llegó á jefe de batallon. Enviado al año siguiente á la Argelia, se distinguió en la expedicion del Cheliff, en 1842; retó á Bou Maza bajo los muros de Montaganem, en 1844, y coronel en 1846, fué puesto al frente de la division de Sidibel-Abbés. Llamado á Francia, ascendido á general de brigada en 2 de diciembre de 1850, fué empleado en el ejército de Lyon hasta la creacion de la Guardia imperial, de la que fué uno de los jefes. En el mes de abril de 1855 se unió al ejército de Oriente delante de Sebastopol, y de acuerdo con el general Uhr hizo vanos esfuerzos por sostener las tropas empuñadas en el primer ataque de Malakoff en 22 de junio. Sin embargo, su conducta le valió el 22 de junio el grado de general de division. Al fin del año regresó á Francia, y fué encargado del mando de una de las divisiones de infantería de la Guardia. M. Mellinet recibió en 1856 las insignias de gran oficial de la Legion de honor, y de comendador de la orden del Baño.

En la guerra actual de Italia, su division, compuesta de granaderos y de zuavos de la Guardia, opuso una resistencia heroica á las masas enemigas en la batalla de Magenta durante cuatro horas, hasta el extremo de matarle dos caballos. De sus dos generales de brigada, uno de ellos, Clermurió, y el otro, llamado Wimpfen, fué herido en cuanto á los granaderos y zuavos, sabido cuánto han tenido que sufrir.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Entre los oficiales generales austriacos que mas se han distinguido en la batalla de Solferino, se cuenta al conde de Nugent, que tiene ochenta y dos años de edad, y ha prestado grandes servicios en el ejército austriaco, en el que sirve hace muchos años, á pesar de ser irlandés.

Ha circulado en Paris, como documento de

mucho mérito, el original de la siguiente carta, escrita por un soldado. Dice así:

«Mi querido amigo: te escribo acostado y con la mano izquierda. Los señores austriacos me han hecho la gracia de quitarme el brazo derecho. Mal me salió la cuenta en Solferino. Me batía con buena voluntad, cuando ¡ris! una bala vino á rozarme el pecho. La sangre corría, pero dije, vamos andando que esto no vale nada, y continué batiéndome. Una hora despues vino otra bala y me acribilló el brazo. Quise batirme aun, pero me salía la sangre á borbotones, y me sentía desfallecer. Al dirigirme al hospital de sangre, encontré á un médico conocido mio, que me examinó y me dijo: aquí tenemos un brazo que, á pesar de ser muy blanco, hay que cortarle. ¡Demonio! me dije yo; pero en fin, si no hay otro remedio..... Entramos en el cuarto de una mujer donde habia varios cirujanos que me hicieron sentar. Cinco minutos despues sali con un brazo de menos. Me tumbé en un monton de paja, encendi la pipa y dije: ¡bueno va! ya tengo mi retiro. Mis heridas van bien y espero veros dentro de un mes. Escribidme al hospital de san Angelo, en Brescia. Adios, y un apretón de manos. F. V..... Hasta la vista. He pagado mi deuda á la patria.»

No dejan de ofrecer interés los siguientes detalles sobre la reunion de los dos emperadores en Villafranca:

«La casa donde se reunieron los dos soberanos, era la del Sr. Carlos Gaudin Morelli, situada en la calle principal de la ciudad, y donde se alojó una noche el emperador de Austria antes de la batalla de Solferino. El edificio es sencillo, pero bien amueblado, aunque sin lujo.

«Un saloncito pintado al fresco, con paisajes inverosímiles, era el destinado á recibir á los emperadores. El mueblaje se componia de dos canapés, algunos sillones y sillas, todo de tapiceria verde. Además, en medio de la estancia habia un velador cuadrado, tambien con tapete verde, sobre el que se habia colocado una jarra de frescas y fragantes flores que embalsamaban la habitacion.

«La conferencia duró cerca de una hora, durante la cual la gente llenaba la plaza contigua con la ansiedad pintada en el rostro, y con la vista fija en la puerta de la casa. Delante de la casa se confundia el séquito de los dos emperadores que se habian encerrado solos en el saloncito. Cuando los soberanos salieron, ambos parecian radiantes de júbilo. Francisco José dirigió al estado mayor de Luis Napoleon algunas frases llenas de benevolencia y de elogio; despues ofreció su mano á los generales Vaillant, Martigny y Fleury, los cuales correspondieron con respetuosa efusion á aquella muestra de benevolencia, y despues de cambiarse entre él y Luis Napoleon nuevas muestras de amistad, montó á caballo y tomó el camino de Verona, del mismo modo que poco despues tomó Luis Napoleon el camino de Valeggio.

En la batalla de Solferino peleaba un húsar húngaro con un soldado de caballeria de Alsacia. Este mató el caballo de su adversario; pero por uno de esos impetus que hace el hombre cuando se ve perdido, el húngaro saltó sobre las ancas del de su enemigo, y apoderándose del sable y las bridas, partió al galope hácia el campo austriaco, entregando allí un prisionero que momentos antes se creia vencedor.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

EL PODER DE LA PALABRA.

SANTIAGO APÓSTOL.

La palabra es el mas grande poder humano. Levanta, arrastra, impele al hombre ante ella;

le hace llegar á las orillas que anticipadamente ha marcado. Por la palabra se mueve y se agita el mundo moral. Levantad una tribuna, y la palabra formará un pueblo y constituirá una nacion. La palabra espresa la verdad y el error. Remueve, cambia, trasforma, muda, destruye, penetra en lo que hay de mas corrompido, y llega á lo que hay de mas noble. Cual el alfarero modela el barro, y hace de él figuras degradadas ó grandes bustos; así la palabra modela á su placer las inteligencias y las arroja en los mas diversos moldes. Coged un pastor ignorante y grosero; os oirá, os comprenderá y poco á poco lo trasformaréis, le haréis creer, le iréis haciendo cada vez mas grande. No se dice *Dios ha escrito*, sino *Dios ha hablado* (*Semel locutus est Deus*). Y los ángeles de la tradicion han llevado con respeto aquella palabra hasta las estremidades de la tierra. Cristo, palabra divina encarnada (*et Verbum caro factum est*), ha habitado con nosotros lleno de gracia y de verdad, y ha establecido la Iglesia para continuar la redencion del mundo por la palabra. Dios ha hablado, y al hablar, ha procedido por un no sé qué de vivo, y nos ha dado lo que es él mismo. Y la humanidad ha callado ante él, porque la palabra cristiana sola se sostiene por su propia vitalidad. Los hombres todos los dias hablan; hablan de los negocios que pasan; y aunque hablan de ellos muchas veces con una rara elocuencia, hablan de los intereses de las naciones, que pasan tambien un poco mas lentamente tal vez. La palabra divina es estable; tiene magistrados que velan en su conservacion. Como un hombre colocado en una montaña á orillas del mar, escucha el murmullo del Océano y el bramido de la tempestad, discierne, cuando tiene costumbre, hasta los mas lejanos indicios de la tormenta; así, los obispos colocados en un promontorio de distancia en distancia, vigilan la interpretacion de la palabra de Dios, disciernen el menor rumor de tempestad que llega á ellos trasmitido de labio en labio, y dicen: Cristo no ha hablado así; y toda cuestion está concluida. La palabra humana, al contrario, no es mas que una viajera linda, encantadora, vagabunda; la Iglesia la deja pasar, mira con solicitud sus correrias, sus idas y venidas, sus vueltas y revueltas; la deja obrar, sabe que la es imposible alzar una obra doctrinal mas que la de Cristo. Y, en efecto, un sistema ha reemplazado siempre á otro sistema, una cátedra se ha alzado sobre otra cátedra. ¿Qué habia hecho la palabra humana de la humanidad antes del cristianismo? Basta mirar esos anfiteatros de Roma, y ver allí aquellos pueblos envilecidos de la antigüedad, que habian escrito con la pluma de Virgilio, y hablado con la lengua de Ciceron; aquellos emperadores, aquellos cónsules, aquellas mujeres que se estremecian de placer al ver, no animales combatir contra animales, sino hombres luchando contra hombres, hombres luchando contra fieras. ¿Cuál es el poder que convirtiera aquellos hombres en mansos y moderados, y cambiara las costumbres elevando las inteligencias? La palabra cristiana. Digamos como esta palabra fué traída á los antiguos iberos, nuestros antepasados. Escuchemos con respeto la historia de nuestros padres en la fé. Seguiremos, con relacion á la llegada de nuestros primeros apóstoles, las antiguas tradiciones de la nacion y de

las iglesias de España, que jamás han sido desmentidas.

SANTIAGO EL MAYOR, APÓSTOL.

Santiago trajo á España la palabra evangélica. La nacion española debe su fé á uno de los apóstoles mas queridos de Jesucristo.

Santiago, hijo del Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan, evangelista, y pariente de Jesucristo. Se le llama el Mayor para distinguirlo del apóstol del mismo nombre, que fué obispo de Jerusalem. Este último es llamado el Menor, porque fué llamado al apostolado despues de Santiago el Mayor.

Galilea fué la patria de Santiago; su oficio el de pescador en union de su padre y de su hermano. Los tres se hallaban establecidos en Bethsaida, donde vivia tambien san Pedro.

Atravesando Jesus el lago de Genesareth, vió á Pedro y Andrés ocupados en la pesca. Los llamó y les mandó que le siguiesen, prometiéndoles hacerles pescadores de hombres. Habiéndose acercado á la orilla, vió á Santiago y á Juan que estaban limpiando sus redes en una barca con el Zebedeo, su padre. Los llamó tambien. Los dos hermanos abandonaron inmediatamente sus redes, su barca y su padre, y le siguieron. Es probable que antes de esta vocacion supiesen ya que Jesus era el Cristo. Podian haberlo sabido ó por las conversaciones que hubiesen tenido con Pedro, que vivia en la misma ciudad, ó por otros medios. De cualquier modo que fuese, apenas hubieron oido la voz del Señor y conocido su voluntad, lo abandonaron todo por obedecerle, sin vacilar, sin diferirlo, sin pensar en las consecuencias que pudiese tener su conducta. Fué entero y completo su sacrificio. Zebedeo aprobó la conducta de sus hijos, y la misma Salomé se consagró al servicio del Señor. Santiago y san Juan asisten en el año 31 de la era vulgar á la curacion de la suegra de san Pedro, á la resurreccion de la hija de Jairo; fueron agregados al colegio de los apóstoles que formó Jesus en aquel año.

Jesus distingue entre todos los apóstoles á Pedro, Santiago y Juan, y los colma de especiales favores. Ellos fueron los únicos espectadores de su gloriosa transfiguracion en el Tabor, y los testigos de su agonía en el jardin de las Olivas.

La madre de Santiago y de Juan, preocupada del mérito de sus hijos, aguardaba mucho para ellos del honor que tenian de ser discipulos queridos y parientes de Jesus. Se imaginaba, segun la idea grosera que se habian formado los judios del Mesias, que iba á establecer una monarquia temporal. Así pide al Salvador que haga sentar á sus dos hijos, el uno á su derecha y el otro á su izquierda, en su reino. Los hijos del Zebedeo hablaban, sin duda, por boca de su madre. En efecto, á ellos se dirige la respuesta de Jesus: —«No sabeis, les dice, lo que os pedis. No se ensalza nadie por la ambicion en mi reino, sino por la humildad, los trabajos y la paciencia.» Les pregunta si podian beber el cáliz de sus padecimientos. «Podemos,» respondieron los dos apóstoles.

Muerto Jesus, y resucitado al tercero dia, conversan con él, presencian su gloriosa ascension á los cielos, y despues de haber recibido el Espíritu Santo, trabaja Santiago con los demás

apóstoles en propagar su divina palabra. Los escritores de los primeros siglos no nos han dejado detalle alguno de los trabajos de Santiago.

La tradicion de la Iglesia de España, apoyada en la gran autoridad de san Isidoro y de san Jerónimo, es que Santiago, despues de haber predicado en Persia, abandonó aquellas comarcas, y vino á traer su poderosa palabra, y con ella el Evangelio á la España, esta postrera provincia de Europa.

Ya se habian abierto á la luz de la fé los ojos de una muchedumbre escogida. Galicia, las Asturias, Castilla, que se llamaba entonces España Mayor, y casi toda la España Menor, y parte de la provincia de Aragon, habia recibido en su seno las semillas de la nueva doctrina. Estaba el apóstol evangelizando la ciudad de César-Augusto, hoy Zaragoza; ocho discipulos tenia ya conquistados en esta ciudad, y con ellos salia todas las noches á recorrer las márgenes del Ebro para meditar con mas sosiego los sublimes misterios de la religion. Una de aquellas noches, á la hora en que iba el apóstol esplicando á sus discipulos las palabras del Señor, caminando lentamente por las márgenes del rio, estaba todavia Maria, madre de Dios y Reina de los ángeles, en su vida mortal, implorando en su oratorio á Jesus, á su divino Hijo, por aquel que, segun sabia, habia de sellar el primero entre los apóstoles con su sangre la fé cristiana.

Esta presentacion del destino que estaba reservado á Santiago, despertaba en Maria un grande afecto hácia él. Maria para confortar dulcemente al apóstol, vino en carne mortal á España en busca de Santiago, y le mandó volverse á Jerusalem; pero le mandó al mismo tiempo, que no saliese de Zaragoza sin haber edificado un templo en honor suyo. Maria se apareció al apóstol Santiago cuando se hallaba rendido de cansancio y reposando con sus discipulos en las márgenes del Ebro. Los ángeles traian una pequeña columna de jaspe sobre la cual descansó la Santisima Virgen. Esta columna y la imágen de la Virgen, que los mismos ángeles colocaron despues en aquel pilar en que habia descansado en vida la Reina de los ángeles, se conserva hoy con la mayor devocion en la ciudad de Zaragoza, habiéndose cumplido todas las promesas que habia hecho la Madre de Dios, preservando, á pesar de todas las persecuciones, este glorioso pilar, el cual subsistirá hasta la consumacion de los siglos. Esta milagrosa aparicion se verificó el 2 de enero del año 40 del nacimiento del Salvador, cuatro años despues de haber salido de Jerusalem el apóstol Santiago para predicar el Evangelio.

Santiago torna en cumplimiento del mandato de Maria á Jerusalem. Debía de preceder á todos los demás apóstoles en la carrera gloriosa del martirio.

Agrippa, nieto de Herodes, habia sido educado en Roma en el reinado de Tiberio. Allí habia conocido á Caligula y merecido la confianza de aquel principe adulando bajamente sus pasiones. Apenas Caligula sube al trono imperial para demostrar su afecto á Agrippa, le dá el título de Rey con los tetrarcados de Philippes y de Lysanias, que se hallaban vacantes. En el año 41 de Jesucristo, el emperador Claudio añade nuevas donaciones á las ya hechas por Caligula; de suerte que todo el país anteriormente poseído por Herodes,

fué colocado bajo la dominacion del nuevo rey. Brillante fué la corte de Agrippa, y jamás se habia desplegado en las provincias de Judea con mas magnificencia y ostentacion el aparato de la dignidad real. Suscitó una sangrienta persecucion contra los discipulos de Jesus para captarse la benevolencia de los judíos. Santiago fué la primera víctima de su política. Le hizo prender en la Pascua del año 43, y mandó que le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó el año catorce despues de la muerte de Cristo.

Pocos dias despues de haber sido degollado Santiago el Mayor, en una de las deliciosas noches en que las brisas agitan suavemente el mar interno en las costas de Palestina, desde el monte Oreb hasta el Carmelo; salió silenciosamente del puerto de Joppe una pequeña embarcacion, en la cual siete jóvenes confiaron al mar el cadáver que conducian con la mayor veneracion, y aportaron á las costas de España. Aquellos siete jóvenes eran discipulos que habia hecho Santiago en España, y habian venido por el querido maestro degollado en Palestina. Sepultaron en España, en una ciudad llamada Iria Flavia, el cuerpo de su maestro.

La invasion de los árabes y las continuas guerras que desolaron la España, hicieron permanecer desconocido este paraje hasta que en 853 fué revelado á Teodomino, obispo de Iria, apareciéndose sobre el sitio en que se hallaba el sepulcro del santo apóstol una brillante estrella, por lo que fué llamado *Campus stellæ*, del que se deriva Compostela. Encontrado el sepulcro del santo, el rey D. Alonso el Casto fundó allí mismo una ciudad y un suntuoso templo, donde se trasladó la silla episcopal de Iria Flavia ó el Padron. Fué reedificada por Alonso III el Magno, y consagrada el 7 de mayo de 876, habiéndola hecho metropolitana el pontífice Calisto II, en 1120. Ocho siglos habian transcurrido desde la llegada del santo apóstol á España, cuando el valeroso rey D. Ramiro, sucesor de Alonso el Casto, se hallaba empeñado contra el ejército del moro Abd-el-rahman II, en una de las mas peligrosas batallas con que probó Dios el esfuerzo y la constancia de las armas cristianas. En las cercanías de Logroño, entre los pueblos de Clavijo y Albelda, el ejército cristiano, alentado por una aparicion del apóstol Santiago, derrotó al ejército agareno. Desde entonces España invocó á este santo apóstol al comenzar todas las batallas.

El año 981, el rey D. Bermudo se apoderó de Santiago y una parte de Galicia perteneciente al rey D. Ramiro III de Leon. Los árabes llamados contra D. Bermudo por el conde D. Rodrigo, entraron en Santiago y causaron gravísimos daños; empero de repente una epidemia, que fué mirada como un castigo del apóstol, hizo que la abandonasen. El año 997, Alagib Almanzor, general del califa de Córdoba, hizo una escursion hasta Galicia, talando y destruyendo todo; y aunque respetaron el sepulcro del santo, arrancaron sus puertas y las llevaron en trofeo, obligando á los cristianos á transportar á Córdoba en hombros las campanas para que sirviesen de lámparas á la famosa mezquita de la Ceca. Cerca de tres siglos despues, Fernando III el Santo, al conquistar á Córdoba, hizo volver las campanas á Santiago de Galicia en hombros de esclavos moros, borrando de este modo la mancha que antes

habian impreso sobre la frente de los cristianos.

En la magnífica catedral de Santiago descansa el sepulcro del apóstol.

El sepulcro del apóstol Santiago fué en la edad media objeto de la mayor veneracion en toda la cristiandad. Se dirigian á él en peregrinacion los fieles con casi igual fervor y entusiasmo que al santo sepulcro de Jerusalem. Era tan respetable en efecto, la peregrinacion al santuario de Santiago, que solo el Papa podia dispensar de ella. Cada siete años hay jubileo en Santiago, y acuden muchedumbre de peregrinos con el baston en la mano y la esclavina cubierta de conchas.

La razon por que los peregrinos toman por visa las conchas, y por lo que las tiene tambien el mismo apóstol Santiago en todas sus imágenes y retratos, se funda en una antiquísima tradicion. Cuentan que viniendo un caballero en seguimiento del glorioso cuerpo del santo apóstol cuando sus discipulos le traian de Jerusalem á Galicia, no hallando pasaje en un brazo de mar, que está hácia el valle de Camilla, se entró en el agua á caballo y pasó á Galicia. Cuando salió del agua se vió todo el cuerpo, como su caballo, sembrado de conchas, por lo cual, desde entonces, se dieron por escudo de armas al apóstol, y las usan los peregrinos.

Santiago es el patron de España, y siempre los españoles han invocado, como grito de guerra; Santiago! cierra España! en todas sus luchas; Santiago! fué el grito precursor de las derrotas de los infieles por los cristianos, y Santiago! resonaron los ecos bajo los muros de Granada, cuando de el islamismo recibió de manos de Isabel Católica el golpe de muerte que libertó al Occidente de su furia.

Bajo la invocacion del apóstol querido del Señor, se han fundado diversas órdenes militares. La mas famosa es la de España, que trae su origen desde la batalla de Clavijo, en tiempo del rey D. Ramiro, por los años de 846. Emperador Fernando II fué el que, si no la instituyó, por lo menos la reformó en 1170, con el fin de combatir contra los infieles en defensa de su fé católica, y proteger á los que iban en peregrinacion al sepulcro del apóstol. D. Pedro Fernandez de Fuente, Encalada, fué el primer gran maestre, y el que reuniendo algunos caballeros á los canónigos de Loyo, pueblo inmediato á la Coruña, les sujetó los ejercicios y actos de la orden bajo la regla de dichos canónigos. El pontífice Alejandro VIII confirmó la orden el 5 de junio de 1175, y le concedió varios privilegios, como el de no pagar diezmos, y el que las iglesias de la orden no estuviesen sujetas al diocesano, dependiendo directamente de su maestre. Muerto el último gran maestre, D. Alonso de Cárdenas, en 1470, cuando la orden era tan poderosa, que el maestre habia sombra á los reyes; el papa Adriano confirmó el maestrazgo de esta orden perpétuamente, así como su administracion, al rey Fernando el Católico, quedando incorporada desde este tiempo á la corona de Castilla con los de Calatrava, Alcántara y Montesa.

En Portugal tambien hay establecida una orden de Santiago por el papa Nicolás IV.

Tambien en Holanda se estableció otra orden militar de caballeria de Santiago, en 1290, por Florencio V, duque de Holanda y Zelanda.

Hemos visto que al poder de la palabra del apóstol Santiago desaparecieron las tinieblas del paganismo en España, y que al mágico acento de su nombre, invocado en las batallas, lucharon los españoles durante siete siglos para reconquistar su patria y asegurar su independencia. Y el nombre de Santiago, aclamado desde la subida al trono de Pelayo, ha continuado hasta nuestros tiempos. Cuando el coloso del siglo, el gran capitán Napoleón I invadió pérfidamente la España y trató de aherrarla á su carro triunfal, al que iba amarrada la Europa entera, Galicia, como la España toda, se levantó, formó cuerpos de voluntarios, y un batallón con los estudiantes de Santiago; les dió la bandera del apóstol por guía y enseña, y cuando los franceses, á consecuencia de los movimientos de los ejércitos, ocuparon la ciudad, conducidos por el general Marchand, que llevaba tres mil infantes, ochenta caballos y catorce piezas de artillería, el 23 de mayo de 1809, aquellos mal armados paisanos, aquellos soldados improvisados, derrotaron á las tropas de Napoleón en el campo de la Estrella.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Reseña histórica sobre los tejidos de lino y cáñamo.— Método general del hilado del lino y exposición de los principios sobre los cuales reposa.—Del motor y de la transmisión de movimiento en las fábricas que hilan el lino.—Del cáñamo, de su preparación y de su hilado.

Prosiguiendo nuestros apuntes sobre las materias textiles, y al pasar á ocuparnos del lino y del cáñamo, tendremos que registrar nuevamente los anales de la China, cual lo efectuamos en nuestro escrito anterior, véase el número 30 de la LECTURA, al referirnos á la seda: en aquel imperio, según el testimonio de varios autores, tres mil años antes de nuestra era, se practicaba el tejido de telas de cáñamo.—Los egipcios tejían igualmente el lino desde la más remota antigüedad, y aclimataron esta industria en la Grecia; desde este momento es harto difícil seguir su desarrollo al través de los siglos y de los acontecimientos sociales; pero es hecho averiguado que el tejido grosero y rutinario del lino y del cáñamo es una de las industrias primitivas, cuyos caracteres solo se han transformado radicalmente, cuando las ciencias, uniéndose al trabajo, mataron la ignorancia y la rutina, y aumentaron los medios de producción y el consumo, dando justa satisfacción á las necesidades de una civilización adelantada.

La industria, que hila y teje los cáñamos y el lino, es sin duda alguna hoy indígena y popular en la mayor parte de los pueblos de Europa; pero el hilado y tejido mecánico de los dos productos que nos ocupan, solo se ha resuelto satisfactoriamente en estos últimos años, cuando se han multiplicado los progresos de la mecánica, y cuando la acción del vapor ha reemplazado la saliva de las obreras que hilaban con la rueca, y el esfuerzo de los obreros que daban movimiento á la lanzadera. Pero á pesar de estos adelantos, la producción de los hilados y tejidos de cáñamo y lino no ha aumentado, ni en mucho, en las

proporciones de la del algodón, de la seda y de la lana; razones económicas han originado estos hechos dignos de estudio, y que solo cesarán cuando se abarate la producción de las telas y de los hilos que concurren á su formación. Estos resultados no tardarán en conseguirse, y á su logro contribuyen gradualmente la hilatura y el tejido mecánico del lino y del cáñamo, y la impresión también mecánica de los mismos, conquistas recientes de la industria actual.

Los tallos del lino constan de filamentos ó fibras paralelas, constituidos á su vez por otros elementales, unidos entre sí por cierta especie de goma, que debe destruirse por varios procedimientos que dan origen á la operación denominada *enriado ó cura* del lino, á favor de la cual se obtienen, con mayor ó menor facilidad, las fibras elementales de la materia textil. A más de esta operación preliminar, que se efectúa según diversos sistemas, deben practicarse otras que reconocen por objeto la trituración y espulsión de la materia resinosa, á la cual nos hemos contraído, y que se obtiene, bien sea á mano, ó por el empleo de aparatos mecánicos. Después de haber experimentado estos tratamientos, el lino ostenta separadas sus fibras, y posee un aspecto sedoso y matices diversos que indican sus cualidades.

Espongamos de una manera sucinta el método general que se practica para el hilado del lino: las mechas de esta sustancia, en cuya forma se reciben en las fábricas, se peinan desde luego, á fin de conseguir la completa separación de sus filamentos. El peinado puede efectuarse á mano ó por el empleo de máquinas combinadas para efectuar esta operación, y de las cuales existen sistemas tan diversos y numerosos, que solo su clasificación técnica exigiría un largo artículo. Hace pocos años que varios industriales se declaraban decididos partidarios del peinado á mano, hoy día se han modificado estas opiniones, y todos se han convencido de que el peinado mecánico es preferible al de mano, no tanto porque ha aumentado la producción, sino también porque el segundo exigía, para ser perfecto, la cooperación de obreros excelentes y de consumada experiencia, siendo así que recurriendo al empleo de peñadoras mecánicas, basta con un solo operario dotado de dichas cualidades, para que se obtengan idénticos resultados.

Los productos de las máquinas peñadoras experimentan después tres series de operaciones: la primera se conoce bajo el nombre de preparaciones; la segunda es el hilado propiamente dicho, y la tercera comprende la que se contrae á las operaciones accesorias. Demos de todas ellas una breve descripción: peinadas las mechas, pasan á las máquinas que deben reducirlas á un cordón, que á la par que se va adelgazando, sufre su tracción sucesiva y continua hasta que pasan á los mecanismos denominados mecheras, en los cuales experimentan cierta torsión los cordones que se enrollan en los husos del mismo. Las máquinas de hilar tienen por objeto estirar las materias sometidas á su acción, y procurarles la torsión necesaria para que se reduzcan á hilos.

En el hilado mecánico del lino, existen tres clases de máquinas distintas: unas que hilan en seco; otras empleando agua fría, y otras, por último, el agua caliente, apropiándose el empleo de tales sistemas á diferentes números; es decir

que, según estos, ó sea el grueso de los hilos, así debe utilizarse uno ú otro de los sistemas indicados.

Obtenidos los hilos, es preciso devanarlos y reducirlos á paquetes: si el hilado se ha efectuado empleando el agua, es necesario secar los hilos al salir de las devanaderas, y dotarlo nuevamente de la elasticidad y del lustre que pierden al secarse. El enpaquetado exige suma atención para clasificar de una manera conveniente los hilos; cuando se constituyen los paquetes, se utilizan prensas más ó menos enérgicas, á fin de reunir y prensar las madejas.

Se denominan *estopas* á las materias que origina el peinado del lino, las cuales, aunque de clases diferentes, se hilan por procedimientos y mecanismos casi iguales á los que se emplean para conseguir igual resultado con el lino, si bien exigen operaciones más reiteradas y varias modificaciones en los aparatos á que recurren para efectuar las mismas.

Con relación al motor preferible para las hilanderías de lino, así como para todos los establecimientos análogos que exigen continua y perfecta regularidad en el trabajo de sus máquinas, es por todos los industriales hecho averiguado, que el vapor es el que debe aceptarse con preferencia á las demás fuerzas motoras. La transmisión de movimiento, ó sea la combinación de ejes, ruedas, poleas y tambores, que comunica la acción del motor á las máquinas montadas en las diversas cuadras de las fábricas, merece por parte de los constructores é industriales un detenido estudio.

Las operaciones que se practican para hilar el cáñamo, difieren muy poco de las que se usan para obtener igual resultado con el lino: su enriado y los demás procedimientos que constituyen su preparación, se obtienen y efectúan como las que ya hemos dado á conocer al referirnos al lino; otro tanto tendríamos que decir si pasásemos á ocuparnos de su hilado y tejido, razón que nos mueve á terminar aquí estos breves apuntes.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

A pesar del súbito restablecimiento de la paz, la Inglaterra continúa sus grandes armamentos. En la sesión de la cámara de los Comunes, MM. Wood y Peel aseguraron que el ejército inglés basta á la defensa del país. Lord Somerset declaró además que el gobierno se había puesto de acuerdo con los dueños de buques, para emplearlos, en caso necesario, en la defensa nacional. Por lo visto, al gobierno inglés no se le oculta ninguna eventualidad.

El conde de Aresse, que, según dijimos en nuestra crónica anterior, había sido llamado por el rey Víctor Manuel para reemplazar al conde de Cavour, y formar un ministerio, ha tropezado al intentarlo con tales inconvenientes y dificultades, que le ha sido forzoso abandonar su empresa. El encargo de constituir un gabinete, ha sido confiado, en consecuencia, al conde de Ratazzi, presidente de la Asamblea piamontesa, pues el conde de Cavour está resuelto á retirarse á la vida privada. El gobierno sardo ha dado ya á sus

tropas la órden de evacuar los Ducados y las Legaciones.

El gobierno suizo ha mandado proceder al licenciamiento de sus tropas y á la restitucion de los vapores austriacos, cañones y otras armas pertenecientes á los piemonteses y tudescos, y ha levantado todas las prohibiciones adoptadas á consecuencia de la guerra.

Es grande la agitacion que reina en los ducados de Toscana y Módena. Parece que la duquesa de Parma conservará sus Estados, pero cediendo al Piamonte la plaza fuerte de Placencia.

El 16 entraron en Turin Luis Napoleon y Victor Manuel, habiendo salido á recibirles el principe de Carignan y el conde de Cavour, y habiéndose dado en su obsequio un banquete de ochenta cubiertos.

Al hacerse cargo el rey de Cerdeña de la direccion y gobierno de los Estados que acaban de serle cedidos, esto es la Lombardia, ha dirigido á los pueblos de este país la siguiente sentida y lacónica proclama:

«El cielo ha bendecido nuestras armas, y con la generosa ayuda de nuestro magnánimo aliado, en pocos dias, y de victoria en victoria, hemos pasado el Mincio. Hoy vuelvo entre vosotros para anunciaros que, segun vuestro deseo, formaréis en adelante con mis antiguos Estados una sola y libre familia. Estoy seguro de vuestro concurso para crear una nueva administracion.

»Fiaos en vuestro rey, y él establecerá sobre bases imperecederas la felicidad del nuevo pueblo que el cielo ha confiado á su gobierno.»

El ministerio que no ha podido formar el conde de Aresse, se compondrá, segun se dice, del conde Rattazi, para el Interior; Dabormida, Negocios extranjeros; Fantí, Guerra, y Gori, para el departamento de Hacienda.

Si hemos de atenernos á un despacho de Viena publicado por el *Times*, los representantes de la Francia, el Austria y la Cerdeña, se reunirán en breve en Zurich para la conclusion del tratado de paz. Lo cierto es que hasta ahora nada se sabe positivamente acerca del modo y del espíritu con que la diplomacia europea intervendrá en la cuestion.

Asegúrase que hasta que no se fijen de una manera definitiva los particulares relativos al tratado de paz, no regresarán á su ducados sus respectivos soberanos.

Las poblaciones lombardas se apresuran á felicitar por medio de esposiciones, á su nuevo rey, Victor Manuel.

Dicese, aunque sin mas carácter que el de un vago rumor, que Luis Napoleon dará un manifiesto á la Francia, á propósito de los últimos acontecimientos.

La animosidad entre los periódicos prusianos y austriacos continúa cada vez mas empeñada, revelando la mala inteligencia que reina entre las córtes de Berlin y Viena; mala inteligencia que la conclusion de la guerra de Italia parece haber contribuido á recrudecer.

El emperador Napoleon llegó el 17 á las diez de la mañana á Saint-Cloud, y á las doce de la misma recibió á todos los individuos de su familia.

Al fin se ha constituido el nuevo ministerio piemontés; hé aqui los personajes que lo forman y los departamentos que les han sido confiados: presidente del Consejo y ministro de la Guerra,

el general Lamarmora; Estado, el general Dabormida; Interior, Rattazi; Hacienda, Gyene; Justicia, Migliatta; Instruccion, Casati; Fomento, Nonticelli.

Las palabras que el emperador de los franceses dirigió en la noche del 19 á los altos cuerpos del Estado, que acudieron á felicitarle por su regreso á Francia, son tan notables y revelan con tal claridad los móviles que le indujeron á firmar, tan atropelladamente como es sabido, la paz con el Austria, que no podemos dejar de trasladar aquí las frases que, entre otras, dedicó á la terminacion de la guerra. Son las siguientes:

«La dificultad de la empresa no habria de quebrantar mi resolucion, ni detener el impetu de mi ejército. Si los medios no hubiesen sido desproporcionados á los resultados que podian esperarse, era preciso resolverse y contrarestar arriesgadamente las trabas puestas por los territorios neutrales; aceptar entonces la lucha sobre el Rhin, lo mismo que sobre el Adige; era preciso, francamente, fortificarse con el concurso de la revolucion; era preciso verter un sangre preciosa, harto derramada ya. En una palabra; para triunfar, era menester arriesgar lo que no está permitido á un soberano poner en juego mas que por la independenciam de su país. Para salvar la independenciam italiana he hecho la guerra aun á pesar de la Europa; cuando el destino de mi patria ha podido hallarse en peligro, he hecho la paz.»

De estas palabras se deduce lisa y llanamente que Luis Napoleon temió dos cosas en la continuacion de la guerra de Italia: temió la revolucion, y temió la guerra europea.

La prensa austriaca continúa mostrándose cada vez mas resentida con la Inglaterra y la Prusia, porque no acudieron en su auxilio durante la guerra que le ha dado por resultado la pérdida de la Lombardia. No sabemos hasta qué punto estas, cada vez mas duras acriminaciones de los diarios tudescos, habrán de afectar las relaciones de los gabinetes de Berlin y Lóndres con el de Viena.

El monarca piemontés, en su órden del dia, anuncia la paz á su ejército; pero añade que si *el honor de la patria reclama otra vez la guerra*, volverá á ponerse al frente de las tropas para marchar de nuevo á la victoria. Las palabras que hemos subrayado anuncian con sobrada claridad, que Victor Manuel no tiene la menor confianza en el mantenimiento de la paz, y que no juzga suficientemente garantido el honor de Italia en el convenio de Villafranca.

La mayor parte de los periódicos de Viena se oponen á la reunion de un Congreso europeo. No es difícil adivinar la causa de esta oposicion: el Austria considera sin duda menos obligatoria para ella la forzada cesion de la Lombardia, hecha para con un solo soberano, Luis Napoleon, que hecha ante un congreso europeo y aceptando este el compromiso, el cual, en caso necesario, se obligaria á hacer respetar á la córte de Viena. En vista de todo esto, se comprenden perfectamente el desaliento y los temores que reinan en toda Italia, á consecuencia del tratado de Villafranca.

Esperemos, no obstante, los resultados del acuerdo del congreso que debe celebrarse en Zurich (una de las capitales de Suiza), entre los representantes de la Francia, la Cerdeña y el Austria, únicas potencias que en él deben tomar parte, segun parece, si bien algunos creen,

y así lo anuncian recientes despachos telegráficos, que tambien serán llamadas la Prusia, la Inglaterra y la Rusia á tomar parte en las deliberaciones de la espresada Asamblea.

Lo que especialmente interesa consignar es que la agitacion y una sorda alarma, tristes precursores de graves conflictos de todo género, cunden por momentos del uno al otro extremo de la desgraciada Italia. Todos sus pueblos consideran el arreglo de Villafranca, mas como una pasajera tregua, que como una verdadera paz.

La escuadra francesa reunida en el Adriático para operar contra Venecia y contribuir con el ejército de tierra á estrechar á los austriacos entre la costa de dicho mar y el Adige, se presentó en son de hostilidad delante de Venecia el 8 del actual. Pero habiendo salido al dia siguiente á las nueve de la noche, un parlamentario, para anunciar al almirante que la paz habia sido firmada, la escuadra se disponia á alejarse de aquellas aguas, el 16. Parte de las fuerzas austriacas regresaban tambien á su país.

Dicese que despues de la reunion en Zurich de los representantes de las tres potencias signatarias de la paz, habrá un congreso al que asistirán, además de estas, las tres grandes potencias que durante la guerra han permanecido neutrales, que, como ya hemos dicho, son la Inglaterra, la Rusia y la Prusia.

El emperador de los franceses está ó aparenta estar tan satisfecho de la paz que acaba de firmar, cual lo revela el siguiente despacho telegráfico:

«Paris 22 (doce y veintidos minutos) recibí hoy á la una de la tarde.

»Contestando el emperador á las felicitaciones del cuerpo diplomático, ha dicho: «Que generalmente Europa ha sido injusta con él respecto á la guerra; que se felicita por haber hecho la paz tan pronto como el honor y los intereses de Francia lo requerian, porque así ha demostrado tambien que no entraba en su ánimo trastornar Europa y suscitar una guerra general; por último, el emperador ha añadido que espera se ha de desvanecer muy pronto las causas de disenso, y ha de ser duradera la paz.»

¿Acertará ó se equivocará en sus optimistas cálculos, Luis Napoleon? Los hechos se encargarán bien pronto de dar á esta pregunta cumplida contestacion.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto ha sido nombrado el Sr. Pastor Diaz, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la córte de Portugal.

—La *Gaceta* del 18 de julio contiene varios reales decretos sobre promocion de gobernadores de provincia.

—La *Gaceta* del 20 y 22 de julio publicó varios reales decretos sobre nombramientos de magistrados.

—Se ha publicado en el periódico oficial del 15 de julio el reglamento y acta adicional para la pesca en el rio Vidasoa.

—Se ha aprobado el acta de la Junta general celebrada por los accionistas del banco español de la Habana, y los nombramientos hechos en ella para consejeros.

—S. M., de acuerdo con el tribunal supremo

de Guerra y Marina, ha dispuesto que en los juzgados de extranjería no se lleven costas ni derechos por su asistencia é intervencion en los dos actos de colocacion de sellos y formacion de inventario en los abintestatos de los extranjeros pertenecientes á naciones que, por los tratados vigentes, tienen derecho á ser consideradas como las mas favorecidas, y que de esta disposicion se dé noticia á los representantes de España en las naciones indicadas, á fin de que reclamen la reciprocidad en los abintestatos de los españoles que en ellas fallezcan.

—De real orden ha sido autorizado D. Ignacio Fernandez para que aproveche las aguas del rio Codacos, como fuerza motriz de una máquina para abatanar paños, que tiene proyectada en la jurisdiccion de Arnedillo.

—Por real orden de 18 del corriente se ha dispuesto que para completar el contingente de la milicia provincial, se cubran las plazas que en los reemplazos de 1856 y 1857 dejaron de cubrirse en la forma que se previene en el informe que acerca de dicho asunto han dado las secciones de Guerra y Gobernacion del consejo de Estado.

—El director general de Obras públicas habia sido autorizado por real orden del 15 del corriente para presidir la subasta que se verificó para la negociacion de acciones del canal de Isabel II. Se presentaron diez y siete licitadores; el servicio se adjudicó en favor de D. Vicente Baura, que ofreció tomar 15,438 acciones, al tipo de 103 rs. 50 cénts. por 100, cuya proposicion es la mas ventajosa de las admitidas, y completa los diez y seis millones de reales en efectivo que debian realizarse.

—Ha sido declarada de tercer orden la carretera que, partiendo de Tarazona, termina en Gallur.

—Considerándose que en el ministerio de Fomento asciende á una considerable cantidad el atraso procedente del descubierto en que se hallan muchos de los favorecidos con la gracia de recibir grados académicos, á condicion de pagar en distintos plazos los derechos que se exigen, se ha dispuesto de real orden que las personas que se hallen en descubierto de alguno ó algunos de sus respectivos plazos, verifiquen el pago correspondiente en todo lo que resta del año, en la inteligencia de que para el 31 de diciembre han de estar al corriente de los mismos.

—Los derechos de timbre satisfechos por todos los periódicos de España durante el mes de mayo último, ascienden á 90,164 rs. 50 cénts. para la Península, á 4,236 para las Antillas y 2,129 para Filipinas. Los periódicos políticos de Madrid satisficieron 54,682 rs. 48 cénts.

—Se han dictado órdenes para recompensar á los ingenieros que, pasando á la isla de Cuba, contribuyen al fomento material de la misma. Además de su triple sueldo, se ha dispuesto que se abonen á todos los ingenieros auxiliares que sirvan en Ultramar 300 pesos al año por compensacion de comisiones y trabajos fuera del punto de su residencia, cuando sean enviados por el gobierno.

—No se sabe todavía de seguro si, á pesar de la paz, el gobierno español disminuirá el ejército, y aun suspenderá las operaciones preliminares de la quinta para el año próximo.

—Dice un periódico que se han remitido ya al ministerio de la Gobernacion las condiciones facultativas y económicas para subastar la traida de aguas potables á Alicante.

—La caja del Banco ha ascendido durante este mes, de 163 millones á 179, mientras la cartera se ha elevado de 339 á 360.

—Los ferro-carriles de Sevilla á Jerez y de Puerto-Real á Cádiz, van á ponerse en explotacion muy en breve.

—En Alicante se inauguraron los baños de Neptuno en la noche del 17.

—Veinte cadetes del colegio de artilleria han sido ascendidos á tenientes por haber concluido sus estudios.

—Parece que la Academia de san Fernando ha dado su aprobacion al proyecto de convertir en ovalado el coro cuadrado de la catedral de Burgos.

—Las Córtes se reunirán en el mes de octubre. Las primeras tareas de que deben ocuparse serán los presupuestos para 1860, y la ley pendiente de imprenta.

—Dicen de Berdun (Aragon) que en aquel juzgado son 15 los cadáveres que desde que principió la recoleccion se han levantado; solo en la ciudad de Egea, y en pocos dias, sucumbieron once individuos á consecuencia del excesivo calor.

—En la última junta celebrada por la direccion de Bienes nacionales, se ha aprobado la venta de 1,291 fincas, que resultaban valoradas en 13.029,324 reales, y han sido rematadas en 28.490,827 rs., habiendo resultado en favor de la Hacienda la cantidad de 15.471,501 rs.

—Por la direccion general de Correos se saca á pública subasta la conduccion diaria de la correspondencia pública de Zaragoza á Quinto, de Villena á Alcoy, de Murcia á Velez Rubio, de Murcia á Alicante y de Velez Rubio á Guadix.

—Hace algunos dias se están practicando escavaciones en el antiguo convento de san José, estramuros de Zaragoza, ocupado hoy por el presidio correccional, con el fin de buscar un inmenso tesoro que se dice allí escondido, segun denuncia formal entablada al efecto. Hasta ahora parece que han sido inútiles los trabajos practicados; pero se continúan las pesquisas.

—La recoleccion de cereales está ya tan adelantada, que en la última semana de julio se ha vendido en Madrid trigo de la nueva cosecha. Se espera que, aumentándose la concurrencia en el mercado, luego que se desocupen los labradores de su indispensable tarea, sufra el precio de los granos una rebaja considerable.

—El dia 13 parece que se trataba de alterar el orden público en Sevilla; pero se tomaron algunas precauciones y fueron detenidos hasta nueve individuos. La tranquilidad pública no se ha alterado ni un momento, y la poblacion sigue en sus ocupaciones diarias.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

El Toreador y La Embajadora son las dos óperas cómicas francesas que se han puesto en es-

cena últimamente en el lindo teatro de la calle de Jovellanos. Respecto á la primera, dejando á un lado el libreto, que es de lo mas malo y detestable que puede escribirse, solo dirémos que la música es bellísima, y que Mme. Ugalde fué aplaudida como de costumbre. Otro triunfo no menos completo obtuvo en la ópera cómica titulada *La Embajadora*, por la maestria y superioridad con que desempeñó el papel de la protagonista. Tambien la señora Santa María, que tomó parte en la ejecucion de esta obra, fué muy bien acogida del público, sobre todo en el duo con madame Ugalde, en el que fué muy aplaudida, y que mereció los honores de la repeticion. Los actores fueron llamados á la escena á la conclusion de la ópera, y colmados de aplausos por la escogida concurrencia que llenaba las principales localidades. De todas las obras francesas puestas hasta ahora en escena, la única que ha merecido por completo la aprobacion del público ha sido *La Embajadora*: verdad es que el libreto es original del fecundo Scribe, y la música del maestro Auber.

El circo de Mr. Price continúa siendo el centro de lo mas escogido de Madrid; la concurrencia es mas numerosa cada noche, y los espectadores salen en extremo complacidos de los esfuerzos que hace Mr. Price por dar variedad al espectáculo. La semana pasada se hizo una funcion compuesta esclusivamente de señoras, en la que una de estas llevaba alternativamente la fusta, y durante todo el espectáculo no cesaron de resonar los aplausos mas estrepitosos. Tanto la Kennebel y la Monfroid, como la Gaerner y la Fanny Stanley, recogieron larga cosecha de flores y de bravos, así como tampoco escasearon para la Grasselt, la joven Matilde, y la Sra. Mariani.

La música que acompaña á los ejercicios ecuestres y gimnásticos, y que tan detestable era al principio, ha mejorado notablemente, sustituyendo al desapacible ruido de los instrumentos de metal, unos acordes mas delicados y sonoros.

En el circo de Paul ha empezado á funcionar una *troupe* compuesta de perros y monos sábios, pero el público, que no está por monadas de esta clase, abandona el local, y va en busca de distracciones mas amenas.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Les misteres du desert, souvenirs de voyages, en Asie et en Afrique, par Mr. le colonel L. Du COURET. 2. vol. in 12°; Dentu.

Muchos años hace que el coronel Du Couret atraviesa en todas direcciones la Arabia y el Africa, en medio de peligros y molestias de todo género. No ha perdonado medio para verlo todo, ni ha rehuido ningun peligro, llegando á abjurar la religion cristiana y adoptar la palabra del Coran, para asimilarse completamente á la familia árabe y estudiarla en sus mas íntimos pormenores. Semejantes sacrificios aseguran importantes resultados, y con efecto nada cabe de mas curioso que la relacion que publica hoy, de cuya lectura nada pudiera omitirse hallándose acompañada de mapas sumamente expresivos. Esto



EL BARÓN DE HESS, FELD-MARISCAL.

libro, que completa, por lo demás, otras muchas publicaciones referentes al propio asunto, suministra importantes revelaciones acerca de la sociedad musulmana, acerca de sus instituciones y costumbres. Está escrito de una manera sencilla, y redactado con un espíritu de evidente fidelidad é imparcialidad. Por último, una abundante variedad de lugares, hechos y de accidentes pintorescos, hace de estos recuerdos de viajes una lectura tan agradable como instructiva.

Cours pratique et théorique de langue arabe, renfermant les principes détaillés de la lecture de la grammaire et du style, ainsi que les elements de la prosodie, etc., par Mr. BRESNIER. Un vol. in-8°. Alger et Paris; Bastide et Chalmel, 1855.

Hemos consultado esta obra elemental, produccion de un aventajado discipulo del gramático Mr. Silvestre de Sacy. Sin faltar al respeto debido á su digno maestro, sabe Mr. Bresnier presentar con brevedad y método la gramática árabe, así sabia como vulgar, bajo la influencia de nuevos puntos de vista y de necesidades, que los resultados de la experiencia han dado á conocer recientemente en este género de enseñanza.

Las divergencias del idioma sábio se tratan como dialectos de la lengua, demostrándose en esta parte modos de ver, que facilitan juntamente la práctica y la teoria de la lengua. La excelencia

de la parte tipográfica excede á las exigencias de un libro de texto, que es su destino natural, pero se requería para el cabal desempeño del extenso y completo tratado de ortografía, que ilustra la obra, adornado con alfabetos varios y cuarenta y dos modelos-variedades de escritura árabe con sus arabescos ó grotescos correspondientes, y seguidos de su reproduccion en caracteres árabes comunes, y traduccion francesa. Creemos que este trabajo reúne todas las condiciones de una buena obra elemental, y tanto mas interesante su uso en un país, que, como nuestra España, posee tantos recuerdos y documentos de la casi borrada nacionalidad árabe.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

Etude sur G. Chaucer considéré comme imitateur des trouveres, par Mr. G. SANDRAS. Un vol. in-8°; Durand.

Sin ánimo de negar en Chaucer ni el talento, ni la originalidad, propónese el autor del presente estudio dar á conocer las fuentes en que ha bebido el poeta inglés, y los diferentes maestros que han inspirado su númen. La mayoría de los escritores, que le han suministrado materiales ó modelos corresponden á nuestro país. Lo que pertenece á Chaucer, es el conjunto en sus poemas; pero en cuanto dice relacion con los pormenores, escoge, traduce, combina, tomando de sus contemporáneos, y mas aun, de los can-

cioneros franceses, ideas, sentimientos y situaciones. Sus poesias no son, por tanto, ni obras originales ni copias literales; son verdaderos mosaicos, cuyos materiales bastan para realzar en su conjunto, el gusto y el talento de Chaucer. El trabajo de Mr. Sandras está ejecutado con conciencia y precision; atestigua mucha erudicion y paciencia, debiéndosele el haber esclarecido con acierto uno de los mas interesantes periodos de la historia literaria de Francia.

Essais sur Pindare et sur la poesie lyrique, par Mr. VILLEMMAIN. Un vol. in-8°, chez Firmin Didot.

Seguir la poesia lirica desde su nacimiento hasta nuestros dias, despues de haberla estudiado en Pindaro, como en su representante mas elevado y mas completo, tal es el actual objeto de esta interpretacion elocuente. Todas las formas, todos los orígenes del lirismo se pasan en revista y son analizados con tanta seguridad como delicadeza. En cada una de sus páginas resalta la influencia de las instituciones y de las costumbres en la poesia, y el autor halla acentos generosos para encomiar todas las inspiraciones libres, todas las tendencias nobles de la poesia, así en Inglaterra como en España y en Francia.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

SUMARIO. El Rey de las tinieblas, por Gustave Aymar, pág. 497.—El Angel malo, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 502.—Historia de la guerra de la independencia italiana, pág. 504.—Seccion religiosa, pág. 507.—Seccion científica, pág. 509.—Crónica extranjera, pág. 509.—Crónica, española, pág. 510.—Revista de teatros, pág. 511.—Bibliografía extranjera, pág. 511.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 1859. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.